

PENSAMIENTO CRÍTICO



Luis Beltrán Prieto Figueroa

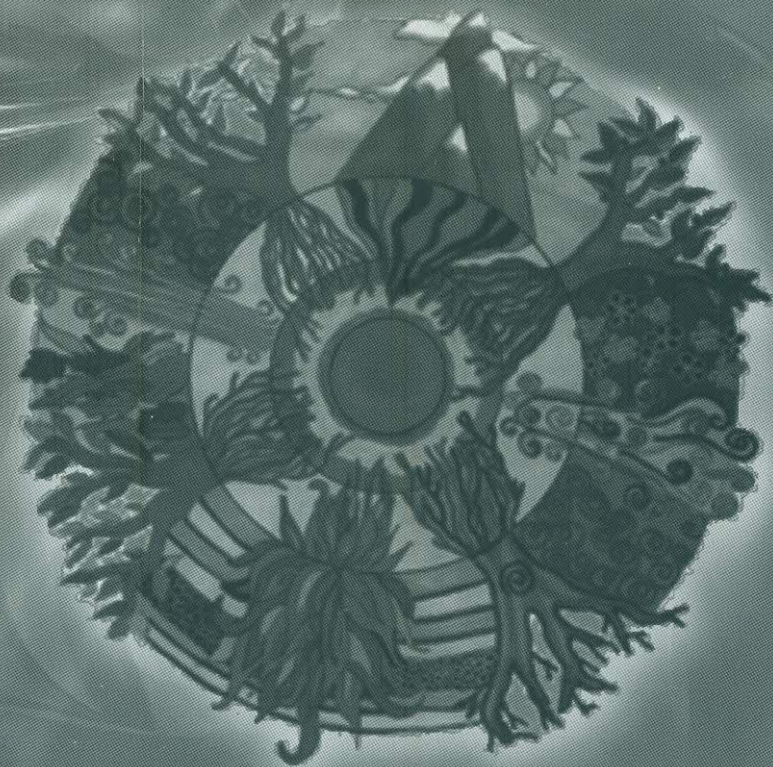
COLECCIÓN

Pensamiento Crítico / Luis Beltrán Prieto

UNAY OTRA VEZ

RELATOS

Jorge Rivadeneyra A.



PRESENTACIÓN

El Instituto de Previsión y Asistencia Social del Ministerio del Poder Popular para la Educación (Ipasme) bajo la Presidencia del educador Favio Quijada, Vicepresidencia del Ingeniero José Alberto Delgado y la Secretaría del Profesor Pedro Miguel Sampson, a través del Fondo Editorial Ipasme, el cual tengo el honor de presidir, consciente de la obligación de publicar obras precisas e impostergables y capaces de esclarecer el significado de los procesos sociales que deciden el curso del mundo actual, ubica seis colecciones en las conciencias de todas y todos quienes ejercen el magisterio, para que en su carácter de agentes multiplicadores de la liberación y la esperanza sean parte de la construcción de un mundo mejor. Los nombres que aparecen involucrados en los títulos de las colecciones representan todas las facetas del magisterio: visionarios pedagogos (Simón Bolívar, Simón Rodríguez, Luis Beltrán Prieto Figueroa) docentes de aula (Pío Tamayo, Argimiro Gabaldón) docentes de la vida (Aquiles Nazoa, Víctor Valera Mora, Zobeyda «La muñequera») y estudiantes (Livia Gouverneur). Mujeres y hombres que nacieron para ser ejemplos eternos y para que hoy, cada persona asuma su rol socio-político en una Venezuela que ahora es de todas y de todos.

En *Una y otra vez*, Jorge Rivadeneyra, nos lleva a altas esferas de reflexión mientras disfrutamos de una agradable lectura. En este libro, él nos presenta ideas e imágenes que nos permiten conocer algunas de sus memorias. El Fondo Editorial Ipasme pone al alcance de las lectoras y lectores este libro en el que el autor demuestra además de valentía, la generosidad de entregar sus escritos al criterio del lector que podrá en ellos colocarse en su propia perspectiva en relación a los temas abordados en él. Este libro honra la colección *Pensamiento crítico*, Luis Beltrán Prieto Figueroa que pretende ser una tribuna para el debate teórico en torno al ideario económico, político y social que ha perfilado el devenir histórico de la patria bolivariana. De allí la importancia del pensamiento, la crítica, la reflexión y por ende, de las soluciones surgidas del análisis y la comprensión de nuestra realidad. Prueba de ello es este libro con el cual seguimos la etapa iniciada hace dos años en el Fondo Editorial Ipasme: la de la socialización de la lectura a través de la promoción de ésta.

José Gregorio Linares

Presidente del Fondo Editorial Ipasme
Caracas, jueves 13 de mayo de 2010.

Comandante Hugo Rafael Chávez Frías
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Ing. Héctor Navarro Díaz
Ministro del Poder Popular para la Educación

Junta Administradora del IPASME

Prof. Favio Manuel Quijada Saldo
Presidente

Ing. José Alberto Delgado
Vice-presidente

Prof. Pedro Miguel Sampson Williams
Secretario

Fondo Editorial IPASME
Lic. José Gregorio Linares
Presidente

Jorge Rivadeneyra A.

Una y otra vez

Relatos

COLECCIÓN



Pensamiento crítico / LUIS BELTRÁN PRIETO



Una y otra vez
Jorge Rivadeneyra A.

Depósito Legal: IF651200988003037

ISBN: 978-980-401-008-8

Diagramación: **Mauricio Gaitán D.**

Impreso por: **Game Vial C.A.**

Comité Editorial:

José Gregorio Linares

Sagrario De Lorza

Alí Ramón Rojas Olaya

Ángel González

Nelly Montero

Fondo Editorial Ipasme

Locales Ipasme, final calle Chile con Av. Victoria

(Presidente Medina) Urbanización Las Acacias

Municipio Bolivariano Libertador, Caracas.

Distrito Capital, República Bolivariana de Venezuela

Apartado Postal: 1040

Teléfonos: +58 (212) 633 53 30

Fax: +58 (212) 632 97 65

E-mail: fondoeditorial.ipasme@yahoo.com

Página Web: <http://fondoeditorialipasme.wordpress.com>



I

HISTORIAS DEL COMO SI





BRISEÑA



Estamos en una era nodal, dijo Briseña. Nadie entendió a qué se refería, y ella tuvo que aclarar que estaba pensando en un sistema de confluencias. Por ejemplo un aeropuerto donde aterrizan aviones de toda procedencia; en este caso de Europa, claro, desde donde acababan de llegar los novedosos decires de la postmodernidad. ¿Nodal vendrá de nudo? Puede ser, porque nudo también es lo que no se puede abrir, como le ocurrió a Alejandro el Grande con el nudo gordiano. Y qué. Sea lo que sea, había bastante ruido durante la presentación de la postmodernidad en seminarios, simposios y conversatorios a los que se asistía con el semblante de conjurados para escuchar a doctos oriundos de por acá y a otros de por allá. Se decía bajando la voz, como cuando se trata de un secreto, que había muerto el sujeto. Muchos de los asistentes creían que sujeto es lo mismo que individuo, y miraban con disimulo, de reojo, tratando de descubrir a policías empeñados en establecer quién era el muerto y cuál el criminal. Menos mal que posteriormente se llegó a saber que hay sujetos del conocimiento, de la voluntad, el sujeto trascendental, sujetos universales como Dios o la historia, y hubo una suerte de alivio cuando Agnes Heller, chiquita, vivaracha, de buen parecer, vino invitada y dijo que «lo

que se conoce como *sujeto* en la filosofía contemporánea no es pensado como un universal humano empírico, sino como una actitud real, que pertenece a la historia occidental». Es decir que el sujeto es una forma de la interpretación de la existencia humana.



En uno de esos encuentros conocí a Briseña. Linda la profesora. A pesar de dar clases de filosofía, tenía una cabellera negra y larga, la mirada coqueta, y un conversar convidante. Y toda esta descripción sólo para relatar que por una extraña asociación de ideas se me desató un odio inusitado contra Schopenhauer, autor de «El Amor, las Mujeres y la Muerte», donde despectivamente afirma que las mujeres son unos seres de cabellos largos e ideas cortas. ¡Habrás visto! Invirtiendo los términos, ¿de dónde sacó este señor que las ideas largas y el pelo corto son los símbolos de la inteligencia? Seguro que jamás conoció a nadie semejante a Briseña. Se llamaba Briseña, sí señor, como si hubiese nacido en un país llamado Brisa y su nombre fuera el símbolo de lo nombrado; muy frescura ella, y juguetona como la brisa. Elegante también, cultísima, tan inteligente que muchos postmodernos no se acomplejaban sólo porque eran físicamente un poco más altos que ella.

Así que Briseña era la negación objetiva de los insulsos decires de Schopenhauer, y no sólo eso, sino que jovial y amistosa, como alguien que conoce la obligación de enseñar al que no sabe. Tuvo a bien proporcionarme una fotocopia de un voluminoso libro, absolutamente desconocido por mí, llamado *The Philosophy of As If*, de Hans Vaihinger, London Routledge & Kegan Paul LTD, 1949. Y en los puros comienzos, como si desde la comodidad del escritorio se presenciara una avalancha, me encontré de manos a boca con un «*creo que el pesimismo me ha dado puntos de vista más objetivos de la realidad*». Lo leí varias veces, no sólo porque estaba escrito en inglés sino porque desde la infancia, la profesora de la especie que es la madre, en la escuela, en las jorgas de amigos, en todas partes había una suerte de empecinamiento en introducirme en las comarcas del optimismo. «Siempre adelante», y «yo soy un ser optimista/y en este mundo egoísta/me divierto sin cesar/el sinsabor es un cuento/yo no sé lo que es llorar/y siento en todo momento/una gran felici-

dad». Y estos son sólo andamiajes del «cada día amanece de nuevo». El mundo camina de peor a mejor tal como lo demuestra la teoría de la evolución, de Darwin, o el camino hacia el cielo prometido, que sólo es otro nombre de la teoría del progreso.

Después te encuentras con que *as if* es igual apariencia, falsa conciencia, el juego, gran parte de la ciencia, de la filosofía y de la vida. Lo que llamamos realidad es un conjunto de apariencias, de suposiciones, prejuicios y juicios a priori. ¿Cómo saber lo que piensa de ti la muchacha bonita, o el vendedor de baratijas? Es tan difícil que Gloria Stolk tuvo que inventar un pueblo caribeño donde se veía, como en una vitrina, el odio, el desprecio, la vanidad y la envidia que los pueblerinos trataban de ocultar detrás de la máscara de una sonrisa estereotipada. ¿Y falsa conciencia? Platón creía que así se llama todo lo que no sea episteme, es decir filosofía. Marx denominó así a la ideología, portadora de valores implantados por la clase dominante, y asumidos sin crítica. Y Briseña, tan intuitiva, risamente dijo: la conciencia de clase sólo es el *topos-uranos* cuando es crítica, es decir racional, o mejor dicho científica. Y un poco más tarde: ¿cómo saber si estos pensamientos, previamente contaminados, se comunican mediante lenguajes ídem? Y como quien remacha, anotó que Heidegger, en su Carta sobre el Humanismo dice que el hombre es más que un ser racional. Es un proyecto lanzado hacia las cercanías de Dios, donde Dios no es el Nazareno sino un telos al que nunca se llega. Y este supuesto es el mismo ser, con la ventaja de que las ficciones nunca se verifican. Es decir que este como si, de acuerdo al principio del predominio de los medios sobre los fines, es la piedra sillar de la voluntad de vivir.

Y después de despotricar sobre la modernidad, Briseña insiste en que el *as if* en el campo de la ética y la estética, a pesar de ser el mundo de lo no real, es el soporte de los valores. Y como quien corta el bistec del próximo almuerzo, dijo que el ser humano, gracias a un innato sadomasoquismo, es un obstinado buscador de la verdad. Ha intentado hallarla en la religión, en la filosofía, en la ciencia. Y parece que deberíamos alegrarnos de que se haya fracasado en ese intento porque la verdad es el símbolo del poder en



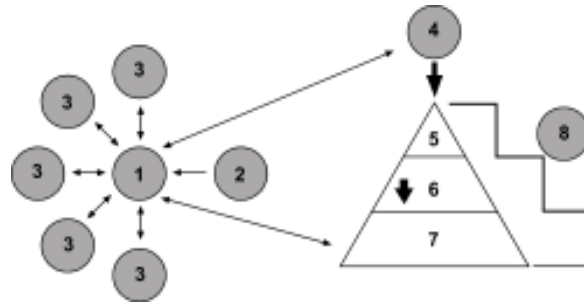
sí. Omnipotente. Inmisericorde. Antidemocrático por indiscutible. Como esa verdad al revés de Nietzsche cuando dice que «todos los juicios son falsos». O sea la verdad de la falsedad. Frente a semejante poder, el como si es un diablillo juguetero. Risueñamente dice esto, eso, aquello es *como si* fuese la verdad.

De lo dicho se desprende que uno de los fundamentos de la realidad es la ficción. Eso lo supongo gracias al libro que me regaló Briseña, y que vagamente recuerdo que produjo algunas divergencias colaterales, como el poder explicativo de Marx confrontado con el de Nietzsche. Nunca terminamos con las divergencias y alimento la esperanza de que se mantengan, incluso a riesgo de que se sospeche haber malentendido a esos pensadores, o de no haberlos entendido en absoluto.

Cuando la postmodernidad se volvió trajinada, Briseña y yo dejamos de encontrarnos en uno cualquiera de los tantos seminarios y conversatorios. Sin embargo, al fin y al cabo reapareció ella con la novedad de que había fundado un restaurante llamado *Filosofía de los Banquetes*, o quizá *Metafísica del Gourmet*. No estoy muy seguro del nombre, pero le dije que me parecía originalísima la idea. ¿Preparaban la cosa en sí a la parrilla? O la teoría de la incertidumbre con salsa picante. Nos reímos seriamente, como si estuviésemos saboreando El Hombre Unidimensional en su propia salsa, nada menos que en la Escuela de Frankfurt convertida en posada para turistas mochileros.



Después no la vi más. Me contaron que había viajado a España a desempeñarse como profesora de filosofía de la praxis en alguna universidad ibérica. Como no tuve tiempo de agradecerle por el libro que me proporcionó, lo hago ahora con abrazos y besos. Dos besos, como acostumbran en España.

LAS FICTIO JURIS



Entonces me enteré de que La Filosofía del *Como Si* es la teoría de los supuestos físicos y metafísicos, es decir de las ciencias, el derecho, el arte, la literatura y el sentido común. Las cosas son lo que se supone que son, es decir la objetividad interpelada, porque la ficción también es objetiva. Como ocurre en el derecho, por ejemplo, con las *fictio juris*, es decir ficciones que desempeñan el papel de parámetros de la verdad objetivas, con el fin de fundamentar los principios de los que se deducirán las variables y las excepciones del juzgar.

La abstracción jurídica llamada *fictio juris* establece una causalidad hipotética, que a más de dar coherencia a los mandamientos ordenadores, permite afianzar suposiciones tales como la de que todos los hombres son libres e iguales a sabiendas de que la libertad tiene tantas limitaciones que casi es una negación de sí misma, y la igualdad está mediada por los niveles de la voluntad de poder y por otras diferencias como las físicas, mentales o económicas. Pero las ficciones jurídicas establecen: 1) que el comprador sabe lo que compra. Salvo lesión enorme o dolo, esta suposición prohíbe que se deshaga caprichosamente el contrato de compra-venta, o que se incumplan sus cláusulas arguyendo, por ejemplo, que





la mercancía que se quiso adquirir era un yate y no un submarino. 2) La ignorancia de la ley no excluye a persona alguna. Ni siquiera un abogado de memoria prodigiosa conoce todos los mandamientos legales existentes, pero esta ficción rechaza el argumento de que se cometió un delito por ignorancia de la ley. Que a nadie ni siquiera se le ocurra decir la maté porque no sabía que estaba prohibido hacerlo. 3) Tu voto es tu opinión es una ficción que se fundamenta en la *rusoniana* voluntad general, es decir en la creencia de que el pueblo es el dueño del poder, confiriendo a la palabra opinión el significado de mandato. 4) Otra ficción es la de que las minorías se someten a las mayorías, como si la sociedad fuese una «asociación de hombres libres» y estuviese en asamblea permanente, en la que todos los problemas se solucionan mediante sesudas discusiones y el voto. Esta ficción omite las mutuas agresiones y lo que Maquiavelo llama la maldad natural del hombre.

EL CASTILLO



Kafka relata la historia de un agrimensor que fue contratado por el propietario de *El Castillo*, una edificación de contornos difusos donde gobierna una autoridad sin rostro ni nombre, para que de acuerdo a su profesión realice tareas que ninguno de los burócratas sabe en qué consisten. —¿Cuándo debo comenzar?, —pregunta—, también cuánto se le pagará por su trabajo, y si debe medir una parte o todo el perímetro de El Castillo. Sus preguntas son cada vez más apremiantes, moviéndose con dificultad entre una suerte de gente momificada a los que llaman burócratas, un poco antes que Weber haga lo mismo. Una de sus características es la de que ninguno de ellos sabe la respuesta. O no se toman la molestia de atenderle porque están ocupadísimos, venga mañana, le dicen. O el mes que viene, y se ocultan detrás de escritorios y montañas de papeles, fingiendo que entran y salen a causa de sus extenuantes actividades. O ni siquiera se dignan mirar al agrimensor arropados en su prepotencia. Pareciera que ellos están por encima de todos los agrimensores de El Castillo. Sin embargo, a pesar de tanta jerarquía, carecen del poder suficiente para aclarar las dudas del agrimensor. Era como si nadie tuviese tal capacidad puesto que detrás de todos y cada uno de los todopode-



rosos siempre hay otro superior. Se trata de un poder oculto y disperso, como el de Dios. Un poder en sí; se vale de la autoridad solamente para manifestarse. Aun cuando poder y autoridad aparecen como sinónimos, pero la autoridad está inmersa en un hábito de lo transitorio frente al sumum del poder eterno, jerarquizado, invisible.

Las leyes que rigen la existencia de los aldeanos habitantes de las circunscripciones de El Castillo, así como las relaciones con sus funcionarios, sin duda provienen de ese poder invisible. Pero el hecho de que parezca una ficción no significa que no exista en algún código manejado por omnividentes. Tan es así que todos viven como asediados por el miedo.

El Castillo es el mismo Leviatán que inventó Hobbes mediante otra ficción, la de una asamblea universal donde la humanidad acepta someterse al Leviatán a cambio de preservar la vida.

ADA SIN H



Timbró el teléfono, uno de esos celulares que rínean cuando no se espera ninguna llamada. Hola, dijo Fernando, como sin ganas. ¿Eres Fernando Cañarte? Sí, el mismo. ¿Quién habla? No puedo creer que no me reconozcas, dijo ella. Hay golpes en la vida, añadió como resentida.

¿Hay golpes en la vida, tan fuertes, yo no sé? Habrá leído a César Vallejo, sin duda. O quizá, quién quita, sólo se trataba del recuento inconsciente de que había sido «golpeada duro, con un palo duro», insinuando que hay niveles del golpear, y que no se sabe en cuál de ellos se dice ¡basta! ¡Basta ya!

Eso pensó en ese momento, o muchísimo después, cuando Fernando se daba de cabezazos contra los muros virtuales del recuerdo. Pero ella se recuperó de inmediato porque risamente le dijo, te doy veinte segundos para que me identifiques. Su voz rememoraba a las flores cuando conversan en el atardecer, y esa cursilería fue lo único que se le ocurrió a Fernando; sin embargo, aguijoneado por la curiosidad y ese chinchín de la aventura, dijo, escúchame linda; no estoy seguro, pero tu voz se parece mucho a la de mi Hada Madrina.

Entonces hubo uno de esos silencios de las sinfonías, previo al ¡adivínate!, como si las letras aumentaran de tamaño, tanto que Fernando sospechó que la muchacha, dónde diablos estaría, no era ninguna Hada Madrina, y asumiendo una seriedad postiza, preguntó: —¿eres mi Hada con **h** o sin? Porque las Hadas con **h** son las genuinas, de marca registrada, como consta en mi manual de hadología.

Ella rió como si quisiera compensar algún faltante, y poniéndose al descubierto dijo, pertenezco al género de las sin **h**, pero eso no le hace porque este modelo está catalogado en el renglón de la tecnología de punta.

Fernando enmudeció un trícito, pero como si se pusiera de pie dijo que no tenía motivos para dudar, pero hay una gran diferencia ortográfica. Ada sin **h** puede ser apócope de Adalberto, pongamos por caso, o una Eva que le robó la **n** a Adán, y en las dos suposiciones hay gato encerrado.

Y en son de juego, de esos del nunca terminar, dijo: —está bien, eres un Ada sin **h**, pero ¿tienes la varita mágica?

—¡Qué cosas dice, muchachote! La varita la tienes tú, y uno de los atributos de las Adas sin **h** es el de conceder al varón toda la libertad de manejar la varita, y muy rió, como cuando las flores se ofrecen al sol.

A lo peor es una prostituta, pensó Fernando, y ella, como si hubiese oído sus sospechas, dijo, no tengo sida ni hay dinero de por medio. Y enfáticamente declaro que las Adas sin **h** hacemos el amor por el amor, tanto como se pueda, y si te place, incluso te brindo el vino, la música y los aderezos comestibles.

—¿Cuándo podemos vernos? —preguntó Fernando.

Pero no hubo respuesta porque se apagó el teléfono. Supuso que se había agotado la carga de la batería, o que no le quedaba saldo, o que toda esa conversación fue una ficta porque luego verificó que la batería estaba cargada y que disponía de saldo. Tampoco se trataba de una broma por-



que en los teléfonos celulares aparece el número desde el que se ha llamado, y en este caso todo estaba en blanco. Fugazmente cruzó por su mente la palabra esquizofrenia. La borró de inmediato, mientras crecía la sospecha de que fue embrujado porque jamás pudo componer una melodía con la voz de la Ada sin *h*.







HISTORIA DE UN DEICIDIO



En la portada de una revista llamada *Prosopon* se reproducía la obra de un afamado pintor cuyo nombre estaba escrito con caracteres ilegibles. Valiéndose de los colores primarios, el autor describía una cueva en cuyo fondo se veían siluetas de animales, plantas y seres humanos que interceptaban la luz del sol. Sin duda, se trataba del *mito de la caverna*, mediante el cual Platón explica que las apariencias son ficciones, en oposición al mundo verdadero, que es el suprasensible.

En la revista *Prosopon* no se alude a la inversión de Nietzsche, para quien «la voluntad de apariencia, de ilusión, de engaño, de devenir y cambio es más profunda que la voluntad de verdad, de realidad del ser». Y se omite esta precisión porque parece que se quiere subrayar una concepción del mundo claramente platónica, con el aditamento de un refunfuño contra la literatura, y por lo mismo de los novelistas, teóricos de las siluetas de la caverna.

En efecto, en las primeras páginas, casi como si fuese el editorial, con la clara intención de burlarse, uno de los artículos decía que Mario Vargas Llosa, el autor de *La Guerra del Fin del Mundo*, leyendo a Nietzsche, se



enteró que Dios había muerto. La noticia le llenó de asombro. Si Dios ha muerto, ¿qué nos queda? Viniendo de un hombre serio, como Nietzsche, a pesar de su locura, no cabía la menor duda de ese fallecimiento, aun cuando no se especifica ni la fecha ni el cómo. Frente a semejante vacío, el famoso novelista decidió indagar exhaustivamente el asunto. Y al cabo de muchos años publicó los resultados de su investigación en un libro titulado «*La Historia de un Deicidio*», en donde se demuestra minuciosamente que el autor del horrendo crimen es nada menos que Gabriel García Márquez, el realista mágico que escribió *Cien años de Soledad*.

POSTSCRIPTUM



Se sabe que desde una antigüedad casi contemporánea del diluvio, pensadores asiáticos, específicamente hindúes, afirmaron que *el hombre creó a Dios a su imagen y semejanza*. Si esto es así, la inmortalidad de Dios depende de la inmortalidad de sus creadores, es decir que mientras sobreviva un hombre, sobrevivirá Dios. Por eso, cuando Nietzsche afirma que Dios ha muerto, literalmente está partiendo del supuesto de que Dios tiene existencia corpórea por cuanto para matar a Dios tendría que aniquilar a la humanidad toda.



SIRENAS Y NORENAS



En sus interminables viajes alrededor de la ciudad, que El Isleño Fausto llamaba el mundo, descubrió que no sólo hay sirenas, sino también norenas. Las sirenas son mujeres de la cintura para arriba, y pisciformes de la cintura para abajo. Las norenas, en cambio, son al revés. Descubrió, además, que estas últimas son las preferidas por los pescadores oceánicos y los navegantes solitarios, esos que surcan los siete mares del planeta en un velero, completamente solos, porque les es insoportable el diálogo con sus semejantes.

Y como si fuese un velerista, descubrió, también, que la palabra norena proviene del *aquaforum*, el idioma de los habitantes fluviales, lacustres y marinos, ya olvidado después de la fatídica guerra que determinó la colonización de los continentes por parte de los que fueron derrotados por los oceánicos. En ese idioma, *kira* significa mujer, y *enan* la que canta y encanta. Y *noray*, en cambio, quiere decir la que no habla. O sea que las norenas tienen las virtudes del erotismo sin el vicio de la discusión y del insulto.



LA CULTURA DE LA CULPA



Se conocieron en la última Feria del Libro. Ambos buscaban algún incunable. Se sintieron atraídos desde la primera mirada, pero a ella, Luz Marina Montenegro, le gustaba el juego de la gata y el ratón. Sus miradas, esas sus sonrisas, el donaire del moverse decían que sí pero eludía el contacto con todo el esplendor de su cuerpo, y al final de un asedio fallido, mientras tomaban café, Atanasio Moreno, asumiendo la expresión del martirio, cantó *usted es la culpable/de todas mis angustias/de todos mis quebrantos*.

Luz Marina Montenegro, con su linda mano por lo pequeña, aceptó el juego y marcando el ritmo, tarareó el viejo bolero, *usted me desespera/me mata me enloquece*/. Se calló de repente y se le borró la sonrisa cuando dijo que a pesar de que Adán y Eva hicieron el amor por culpa de la serpiente, tal como se cuenta en la Biblia, el cristianismo no es el inventor de la teoría de la culpa, sino su heredero. Y pidió que se recuerde a Pandora. Los dioses le encomendaron el cuidado de un ánfora, con la prohibición expresa de que la abra. Pero más pudo la curiosidad que la obediencia, y cuando quitó la tapa, se desparramaron todos los males que azotan al ser humano. Y como si lo que acababa de decir sólo fuese un

chorrito del grifo, para demostrar que no era culpable, cantaditamente, como quien acepta su destino, dijo que *hasta la vida diera/ por perder el miedo/ de besarle a usted*. Pidió otra dosis de café, entreparéntesismente, y a continuación con delicadeza colocó sobre la mesita ese lugar común de que la esperanza no pudo salir del ánfora porque es lo último que se pierde. Y como si hubiese sido testigo presencial explicó que por la curiosidad de Pandora, casi de inmediato se inauguraron los terremotos, los tsunamis y el diluvio universal.

Hizo un venia como si la estuviesen aplaudiendo, y sañudamente puso el acento en un además, ése de que el Diablo se alzó contra Dios, y el Hacedor del Universo, con excesiva magnanimidad, no sólo le perdonó la vida, sino que le donó una heredad de límites indefinidos llamada El Infierno, con la libertad de salir cuando le plazca. Gracias a esa sentencia, que realmente fue una especie de división del trabajo, el Demonio se hizo cargo de administrar el principio del placer retorciendo a su amaño la moral y las buenas costumbres. Y anda suelto esparciendo diabladas, mejor conocidas con el nombre de la maldad. Pero Lucifer, en el ejercicio de sus funciones, hizo gala del don de la persuasión y de altísima diplomacia, tan grande que sus infamias siempre son atribuidas a otros, sean personas naturales o jurídicas, hasta constituir la totalidad de la *cultura de la culpa*.

La diplomacia del Demonio es tan prodigiosa que la cultura de la culpa se fundamenta, 1) en que todos somos jueces de la culpabilidad que siempre tiene el otro, 2) la culpa del otro se basa en que la única igualdad del ser humano radica en que cada cual se considera mejor que todos los demás, como lo anotó Descartes. 3) A ese otro, Freud le llama *mundo exterior*, que «se encarniza en nosotros como fuerza destructora, omnipotente, implacable» hasta el punto de que incluso las relaciones eróticas sólo son un disfraz de la felicidad.



Esta es una acusación disimulada contra Rousseau. Este precursor del iluminismo, aclarando que se llama *la caída* los amores de Adán y Eva, afirmó que la culpa no proviene de *la caída* sino de la sociedad. Lo dijo de

buena fe, sin sospechar que esta tesis daría origen a *la teoría de la sospecha*, cuyo pilar es el piensa mal del otro y acertarás. Y desde ahí, el otro es él o ella, el gobierno, el pueblo, los ricos por cuya culpa no se distribuye equitativamente la producción social, mala distribución bautizada con el nombre de injusticia.

Inspirado en Rousseau, Marx culpó al sistema social, constituido por burgueses y proletarios, ambos víctimas del modo capitalista de producción, el cual ha consagrado legalmente que todo hombre tiene su precio. Lenin, uno de sus epígonos, puntualizó el concepto de culpa y acusó a los capitalistas de ser los causantes de todas las desgracias humanas, y magnificando las investigaciones de Hilferding, llamó imperialismo al funcionamiento del capital financiero, y le incluyó en el prontuario universal de los más peligrosos delincuentes. Desde entonces, el imperialismo es el causante de las guerras, la peste, las enfermedades, la pobreza extrema, los terremotos y las dictaduras. Es decir que no sólo ha sustituido al Demonio, sino que le ha aventajado con el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, las transnacionales y la CIA. Este imperio de la maldad ha propiciado el apareamiento de un subproducto llamado *la teoría de los lamentos*. Consiste en quejarse con un resentimiento vengativo que dice *tuya es la culpa*. Cada persona, cada institución, cada país se queja de tanto desamparo provocado por el imperialismo. Y esos plañidos, junto con la teoría de la sospecha, y una variable de la justicia, que consiste en esperar que todo te lo den haciendo, han fortalecido la cultura de la culpa.

Estos saberes teóricos tienen la ventaja de que han vuelto innecesaria la investigación de nuestros males porque cuando falla la recolección de basura, aumenta el narcotráfico, se desata la peste del dengue, o los condenados a la pobreza reclaman vivienda, es suficiente con proclamar que la culpa la tiene la oligarquía, representante del imperialismo en cada rincón de América Latina.

A estas alturas, Luz Marina Montenegro, deseosa de atenuar la cultura de la culpa, permitió que Atanasio Moreno no solamente le acaricie la mano, sino que le acomode una greña agitada por la brisa, y como si pidiera que conste en actas, anotó que la vida y sus lenguajes son paradójicos. ¿Qué





significa esto? Que las víctimas de esta cultura, al asumir su victimidad, día a día van perdiendo su voluntad de poder, que según Nietzsche es el elemento sustancial de todo ente. Esa voluntad de poder se manifiesta de muchos modos, como por ejemplo expresando la capacidad de sobreponerse al infortunio, comenzando por aceptar que también somos culpables por haber llegado a semejante situación, o porque nos hemos equivocado suponiendo que al imperialismo, por ejemplo, se le puede derrotar con insultos, dejando de lado todas nuestras fortalezas. Una de ellas es el principio de que vivir en tanto que vivir es acrecentar la vida en el más amplio sentido de acrecentar.

¿QUÉ OBJETO TIENE LA VIDA?



Mafalda decidió cebar un mate por primera vez. Supongo que es mi día límite, pensó. Creo que estoy dejando de ser niña, o comenzando a ser mujer, que más da. Lo tomaré con azúcar, decidió, aun cuando también se lo puede tomar amargo, sin aludir al gobierno. Y sintió un ruidito de galope como si los pensamientos comenzaran a llegar a caballo, por algo dicen que el mate hace pensar, y sin ton ni son se preguntó qué objeto tiene la vida. E inició una extensa discusión consigo misma. Había oído que los adultos no se ponían de acuerdo porque estaban divididos entre creacionistas y evolucionistas. En todo caso, los unos y los otros concordaban en que la vida surgió mucho después de la soledad cósmica. Mafalda no lo sabía, pero curiosamente Nietzsche también se empeñó en esa interrogante. Curiosamente, porque preguntar qué objeto tiene la vida, es suponer que la inventó algún matemático, verbigracia Dios. Y este verbigracia determinó que el autor de *Así Hablaba Zaratustra* conciba el proyecto de matar a la Divinidad por haber cometido semejante barbaridad.

Los dioses Maya-Quichés, como consta en el Popol-Vuh, explican el objeto de su invención: después de tres fracasos sucesivos, en el cuarto

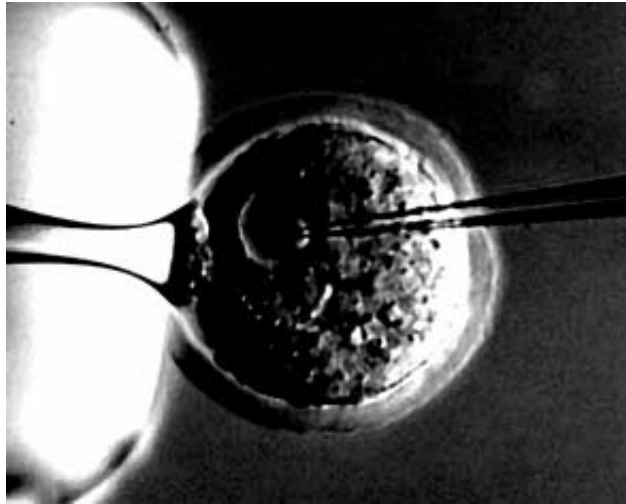


intento, finalmente Ellos crearon al hombre a fin de que personas inteligentes alaben a Dios. Es decir que no crearon por crear, como lo hizo Jehová, sino como si el proyecto fuese instituir al otro, sartreanamente, porque hay existencia sólo cuando un otro la certifica. Debe ser por eso que Schopenhauer afirma que el hombre es la conciencia del universo. Es decir que sin esa conciencia, no hay universo. En otras palabras, todo objeto supone un sujeto. Y tensando más la cuerda, «no hay objetos sino sujetos», según la hipótesis que formula Nietzsche en su «Voluntad de Poder».

Al objeto de la vida humana, Hegel llamó misión histórica. En esta misma dirección, pero ya claramente como un resultado, Gadamer habla de la conciencia nacional, entendida como un lenguaje, es decir herencia cultural condicionante. Algo semejante a las afirmaciones de Freud cuando en «El Malestar en la Cultura» dice que «en la vida psíquica la conservación de lo pretérito es la regla más bien que una curiosa excepción».

Si se exceptúa lo dicho en el Popol-Vuh, estos señalamientos no explican el objeto de la vida como un fin anterior a la vida. Los propósitos son metas a posteriori. Y la vida en sí se ha constituido sin un saber para qué, y su estatus de existencia se manifiesta en el indeclinable propósito de conservarla cueste lo que cueste, y en la humanidad la supervivencia se da no sólo mediante la reproducción de la especie sino en sus reiteradas adaptaciones, en sus interminables y sucesivos inventos incorporados en eso que genéricamente se llama cultura.

INGENIERÍA GENÉTICA



La prensa publicó la noticia de que científicos ingleses crearon embriones híbridos formados a partir de material genético humano inyectado en un óvulo de vaca. El propósito de este experimento es el de obtener células madre, útiles para tratar múltiples enfermedades como el mal de Alzheimer, el de Parkinson, la atrofia muscular, problemas cardiovasculares, entre otros.



Noticias como esta han suscitado la esperanza de los desahuciados, pero también el repudio de los creyentes con el argumento de que sólo Dios tiene la facultad de crear o modificar la vida. También hay muchas dudas de científicos temerosos de que esos inventos produzcan monstruos, de acuerdo al sistema causal de que por hacer el bien se hace el mal. De acuerdo a este principio, vigente desde que los dioses crearon el mundo, una causa conocida puede producir efectos desconocidos, como ocurre con los medicamentos que curan y matan al mismo tiempo, habida cuenta de que el bien y el mal están intrínsecamente unidos, como si fuesen un uno de todo lo que existe.

Pero los investigadores autores del proyecto argumentaron que una de las características de la vida es la producción, almacenamiento, transmi-

sión e intercambio de información. Es decir que la vida tiene la potencialidad de transmitir información, por lo cual, diferentes organismos pueden separarse, implantarse y efectuar sustituciones. Por eso se dice que la frontera entre la vida y la muerte no es la frontera sino una bifurcación. Es decir que la causa y el efecto son ácronos; se hallan ínter vinculados y el uno se convierte en el otro. Es decir que la vida es una sola, y las diferencias son el resultado de variables organizativas de las estructuras vitales. Por todo esto, es posible intercambiar genes humanos con los de conejos o vacunos. Sin embargo, de acuerdo a los especialistas, los animales más idóneos son los cochinos, llamados también marranos, puercos o cerdos. Argumentan que sus órganos internos son notablemente semejantes a los de los humanos, tanto que se podría intercambiar sus corazones, sin temor al rechazo.

La semejanza entre estas dos especies es impresionante. Por eso se hacen bromas. Se le llama cerdo al policía de la esquina, o cochino al que no se baña con frecuencia, puercos al desagradecido. Y se hacen muchas suposiciones acerca del origen de estas coincidencias. Una de ellas tiene que ver con la guerra de Troya ocurrida al principio del mundo, y más concretamente con Ulises y su retorno a Ítaca, donde esperaba consolar a su desconsolada esposa Penélope.

No hay unanimidad acerca de si Homero era historiador, poeta, mitólogo o mitómano de la Grecia antigua. Sea lo que sea, lo importante es que él cuenta que después de concluida la guerra de Troya, Ulises emprendió el retorno a su patria surcando un mar desconocido. Por distracción, algún marinero abrió la bolsa de los vientos y tuvieron que enfrentar unas tormentas llamadas *furia de los dioses*, conocieron seres extraños como los lotófagos, estuvieron a punto de ser exterminados por los cíclopes así como por seres tan fantásticos como las sirenas y otras mujeres con la apariencia de medusas. El arma fundamental de Ulises era la astucia, y gracias a ella conocer quería decir darle la cara al peligro, encontrando soluciones cuando ya todo parecía perdido. Y un día, cuando parecía que el mar se calmaba, avistaron una isla, a la que llamaron Eola, y como nombrar era una forma de apropiarse del objeto nombrado, antes de desem-



barcar envió un destacamento explorador. Y ellos, tan cautelosos, sobrepasaron las marismas, reptaron por acantilados, y ya en la zona boscosa, avanzaban paso a paso por temor a emboscadas de bandidos o a los ardiendes de sátiros y quimeras, y de pronto, al final de una planicie poblada por animales de diferente especie, divisaron un impresionante palacio.



Los exploradores tomaron ese rumbo muy contentos y su alegría se acrecentó porque en la puerta principal una mujer de impresionante belleza, les hacía señas de que siguieran adelante. Tan cordial, ella, les hacía genuflexiones como si ellos fuesen príncipes. Bienvenidos, les dijo. Háganme el honor de seguir adelante. Y como las sorpresas se producían una tras otra, la mesa estaba servida.

La bella mujer les dijo que se llamaba Circe. Había preparado un banquete porque sus vigías le informaron que ellos venían procedentes de un barco fondeado en la bahía donde se encontraba su isla.

Los guerreros marítimos comieron exquisiteces, bebieron y se emborracharon y no se percataron de que uno tras otro se iban convirtiendo en cochinos. Sin embargo, hay quienes dicen, ¡nada de eso! No se transformaron en puercos después del banquete, sino una vez que Circe hizo el amor con cada uno de ellos en noches sucesivas.

Mientras tanto, Ulises les esperaba impaciente, lleno de funestos presagios habida cuenta de que a lo largo del viaje él mismo había comprobado que el otro nombre del mundo era peligro. Desprovisto de alguna señal, cualquier mensaje, llamó a Hermes. Este era uno de los dioses de su confianza, y le pidió información y consejo. Escucha, le dijo Hermes, la dueña de la isla es una bruja, y valiéndose de sus poderes ha convertido a tus guerreros en cerdos. Para rescatarlos, debes dirigirte al palacio de Circe como un turista cualquiera, pero provisto de este antídoto infalible llamado *moly*.

Con ese amuleto, cuando Circe le ofrezca una copa, cualquier manjar o sus caricias, Ulises tan sólo debía apretar la hierba para anular el hechizo. Dicho y hecho. El astuto navegante no sólo anuló las brujerías de



Circe, sino que tuvo con ella tres hijos, y entre caricia y caricia logró que ella devuelva su condición de humanos a los guerreros transformados en cochinos.

Pero Ulises no verificó la transmutación, y Circe, envuelta en la nube del amor, había olvidado cuáles eran los marineros encochinados y cuáles los muchos otros de distinta procedencia. Así que olvidó humanizar a los que debía. Circe no captó el error o no le dio mayor importancia a eso de que sus manadas de cochinos no eran cochinos sino seres humanos. Y día tras día, con la misma velocidad con la que se reproducían las camadas de cerdos, se esparcieron los rumores de que los seres humanos provienen de cochinos, o viceversa. Los patriarcas de las tribus semitas y cananitas fueron los únicos que después de largas deliberaciones decidieron decretar, en nombre de Dios, la prohibición de comer carne de puerco para no incurrir en antropofagia, como dicen los bien hablantes, o en canibalismo como actualmente dice todo el mundo.

Los pueblos que no recibieron la noticia de esa prohibición, ejercen el canibalismo con mucha alegría. Pero no son culpables porque no saben que están comiéndose al hermano prójimo con el argumento de que la carne de puerco es la más sabrosa de todas las carnes conocidas.



II
ESE DIÁLOGO LLAMADO PENSAR





EL ESPEJO



Se sabe a ciencia cierta que el espejo fue inventado por Narciso cuando se miraba en el rostro de su madre. Soy, dijo, y desde entonces, espejear es lo mismo que mirarse, en primer lugar el rostro, claro, ese lunar que tienes, el brillo de los ojos, esa sonrisa *monalisa*, y así más y más, hasta llegar a quererse tanto a uno mismo, *que gran obra la de Dios: me hizo a su imagen y semejanza*. Mirarse en el espejo, entonces, es *conocerse a sí mismo*, como aconsejaban las pitonisas contemporáneas de Sócrates, y el mismo Sócrates que del conocerse a sí mismo hizo el especulativo pilar de la teoría de los espejos.

Pero como ningún saber es la casa-posada al final del camino, a fin de no deambular por el tortuoso sendero de las conjeturas, diremos que quienquiera que haya sido su inventor, el espejo ha sido protagonista de muchos papeles de nota, como ocurre con los espejos deformantes, esos que te hacen ver enano o gigante, gordo o flaco, bellísimo u horrible, produciendo esas confusiones demoníacas que consisten en que no se sabe cuál es la mentira y cuál es la verdad. Se vuelve imposible el disenso o el consenso, el derecho a la crítica como fundamento de la libertad. Y dicen

que la antigua Unión Soviética comenzó a desmoronarse cuando los jerarcas se negaron a clausurar El Parque de los Espejos, de Moscú.

De ahí que conocerse a sí mismo, en vez de contribuir a la felicidad del hombre, produce tremendas insanias, como la que ocurrió con Quetzalcóalt. A este dios azteca le llamaban también La Serpiente Emplumada; un nombre extraño, ciertamente, muy sugerente, hasta el punto de que algunos especialistas en biografías de divinidades, sostienen que llamar a un dios serpiente y además con plumas, sólo puede ser un eufemismo, una de las tantas maneras de nombrar al falo, cuyas potencialidades mueven al mundo a pesar de su aspecto desprovisto de belleza, como lo hizo notar Freud. En efecto, el inventor del psicoanálisis afirmó que los órganos genitales, no aclaró si los masculinos o los femeninos, son en sí mismo feos, fealdad que no tiene que ver con su poder multiplicador ni con el placer que proporciona su funcionamiento.

Unos diablillos mexicanos sabían de estos pormenores y con sonriente crueldad, para que vea por sí mismo su horripilante físico, aparentando que se trataba de una broma, lograron que Quetzalcóalt se mire en un espejo. Y el dios, dando por sentado que belleza es lo mismo que poder de fascinación, jamás imaginó que fuese tan feo; más todavía: que la fealdad sólo sea la hermana pobre de la belleza. Así que lleno de furia por saberse irremediamente malencarado, decidió abandonar el país, amenazando a sus habitantes que regresaría después de cincuenta años, para vengarse.

Algo parecido ocurrió con Calibán. Según el testimonio de Oscar Wilde, Calibán, el monstruo que inventó o descubrió Shakespeare, se enfurecía cuando se miraba en el espejo y su rostro aparecía sin retoques, descompuesto, ácido visto con el *realismo* ingenuo de los espejos. De la misma manera se endiablecía cuando la ciencia ficción inventó el espejo del *romanticismo*. El realismo muestra las arrugas, decía; la envidia, el odio al prójimo, todos los valores condenados por la moral y las buenas costumbres. ¿Y el romanticismo? ¡Solo es la máscara que te pones cuando vas a misa o a la primera cita con esa muchacha bonita!

Además de estos casos renombrados, si dudas de que esa linda que tanto te gusta no es un fantasma sino una mujer de carne y hueso, sólo tienes que verificar si su imagen se refleja en el espejo. Y se está seguro de que alguien realmente ha muerto cuando su aliento no empaña el espejo. Añádase que todo el mundo presiente que le van a ocurrir desgracias renombradas cuando se rompe el espejo, tal como lo verificó y contó César Vallejo en una crónica bautizada con el nombre de *El Espejo Roto*. Y qué decir de la Bruja y su manía de tomar el espejo y preguntarle, espejito, espejito, ¿dime quién es la más bonita? El espejo sabía de memoria la respuesta, y año tras año le venía contestando que ella era la más linda. Pero un mal día, empañado por los presentimientos, no respondió de inmediato. Sin embargo, armándose de coraje, con la franqueza que tienen los espejos, aseguró que la más bella era Blancanieves. Y el espejo fue despedazado y Blancanieves condenada a dormir de por vida. Menos mal que la despertaron los siete enanitos.

Por otra parte, la Dama Triste, oriunda de la Argentina, llamaba diálogos a sus monólogos; diálogos porque con las cadencias del tango decía, *espejito compañero, mírame que triste estoy, se me fue el hombre que quiero y me muero por su amor*. En cambio Alicia, la del País de las Maravillas, siguiendo las indicaciones del Gato Sin Sonrisa, llegó a un territorio oscuro que después del muy averiguar supo que era la parte de atrás del espejo. Y nunca, nadie supo jamás lo que había encontrado por esas tinieblas porque ella enmudeció, como si se hubiese cosido los labios, para que Lewis Carroll entienda que no le era posible relatar lo que había visto.

También existen los *espejos enterrados*, esos que dejaban los precolombinos como señales de tránsito en el camino de los muertos. «Cóncaos, opacos, pulidos, contienen la centella de la luz nacida en medio de la oscuridad», dice Carlos Fuentes.

Y cuando Nietzsche se miró en el espejo de su amante y hermana Elizabeth, ni siquiera se sorprendió de que no aparezca su rostro sino el de Sócrates y tal como lo cuenta en el *Crepúsculo de los Ídolos*, confundiendo las

evidencias, hablando con la supuesta imagen de Sócrates, le dijo —se dijo— *plebeyo, feo, difícilmente griego, delincuente, decadente, prisionero de los instintos, payaso al que se le ha tomado en serio, aborto mental repelente, auténtico chinche, aunque también un gran erótico.*

Uno de los más extraordinarios espejos es el que tenía Fausto en su gabinete de erudito. Nunca se supo si lo fabricó el propio doctor Fausto, Mefistófeles o Goethe, todos ellos expertos en la tenebrosa tecnología alemana. Lo asombroso de ese espejo era que en él no era posible ver el rostro de nadie, ni siquiera el de Mefistófeles. Cuando lo intentó Fausto, supuso que ya estaba muerto porque sólo la muerte no se refleja en el espejo. Pero su sorpresa fue mayúscula cuando en ese espejo aparecieron poco a poco las imágenes de sus pensamientos, de los deseos apenas presentidos, de esos que no se los cuenta a nadie. Eran las imágenes de mujeres envueltas en tules, lúbricas, tan elásticas y felinas. Pero esas imágenes no eran nítidas sino como envueltas en neblina, desbordantes de erotismo, con esa crueldad elusiva con la que las mujeres caminan por el mundo.

Eso que ves en el espejo, le dijo Mefistófeles copiando la sonrisa de la Monalisa, son las imágenes de lo que aún merodea en tu subjetividad. Sólo están en tu mente. Allí sobreviven. Son la lejanía de la juventud.

Y por si acaso esto sea poco, Sancho Panza le preguntó a don Quijote si ya se habrá inventado el espejo metafísico. Si así fuera, continuó, en ese espejo se vería a Dios sin que Él se dé cuenta de que es mirado. ¿Y qué tal un espejo de la moral? Se acerca su merced en puntas de pie y zasmira el currículum de cada uno de los tantos.

LIBERACIÓN



Poner en libertad. Eximir de obligaciones. Dicho así, la liberación se refiere a actos jurídicos básicamente saturados de violencia que quiere dejar de serlo. Es decir violencia civilizada, enmascarada por una sonrisa, o por el *sed lex dura lex* si se quiere estar a la altura de la corte suprema de justicia.

Dicho de otro modo, el hecho de que no estallen ni bombas ni palabrotas, no significa que la liberación no se alcance mediante la violencia, tanto más que el derecho en sí, es decir los mandamientos jurídicos ya son formas de violencia, con toga y birrete desde luego para que haga juego con la convivencia, la racionalidad, las ceremonias.

La liberación es directamente violencia cuando se orienta contra algún sistema de opresión. En este caso, una vez alcanzada la liberación, es indispensable eliminar las causas de la opresión mediante la violencia a fin de evitar el retorno de la opresión derrotada.

La paradoja radica en que liberar también significa oprimir.





ARQUETIPOS



¿*El complejo de Edipo*? Ese concepto lo inventó Freud. Se basa en la historia de *Edipo Rey*, una obra de teatro escrita en Grecia hace más de dos mil años, por Sófocles. El protagonista, es decir el personaje fundamental de la obra se llamaba Edipo. Cuando nació, los augures leyeron su destino y se horrorizaron al enterarse de que el recién nacido estaba condenado a matar a su padre y a casarse con su madre.

Los padres de la criatura, tratando de eludir el terrible designio, le cambiaron de nombre y le enviaron a un país lejano. Así que el muchacho creció ignorante de su procedencia y de su *fatum*, y cuando se convirtió en adulto, decidió viajar, seguro de que en el extranjero encontraría lo que no hallaba donde había crecido. Y en el *extranjero*, es decir en su propio país, se cumplió la profecía, irremediablemente, porque el destino es ineludible, tanto más que los griegos de ese entonces sospechaban que el destino está hecho no sólo con las travesuras o las maldades de los dioses, sino también con unas partículas infinitesimales que se mezclan en las oscuridades conciencales del mismo individuo que es un sujeto, es decir sujetado a estructuras que le anteceden, por lo cual se ejecutan



actos que no coinciden con lo que se desea realizar. Es decir que con esos ingredientes, el destino se cumple sin la voluntad consciente del predeterminado, como si estuviese movido por un impulso secreto que le impele a matar al padre y a casarse con su madre, sin saber que sólo estaba cumpliendo una sentencia pre-existente. Así que tuvo lugar el asesinato y se consumó el incesto porque también Iocasta, su madre, estaba en presencia de una amada ausencia.

Entonces *el complejo de Edipo* sería ese asesinato simbólico al padre, y el amor imperecedero a la madre, imaginado trágicamente en la obra de Sófocles. Pero es una tragedia del sin fin por su persistencia a lo largo de los siglos. Tanta tenacidad ha dado lugar a que G. C. Jung asegure que Edipo vive, creando con esa afirmación una nueva forma de inmortalidad.

Este Rey, Edipo, no sólo sería inmortal, sino que carece de nacionalidad y domicilio. Gracias a su ubicuidad, se encuentra en todas partes donde haya un hijo con la presencia o ausencia de su madre porque *la gran madre* puede inspirar al hijo una pasión devoradora, o el deseo de imitarla. Sin que sea indispensable ninguna consumación, puede trastornar la vida del hijo trágicamente. Eso le pasó a Edipo. Los conflictos humanos, como este, están más allá del tiempo y del espacio. Y a esa permanencia Jung llama arquetipo.

REDENCIÓN



Poner fin a la esclavitud. A las penurias, las vejaciones, al dolor. En este caso, la redención se llama manumisión. Y la manumisión no consiste en un simple decreto que dice, a partir de la fecha queda abolida la esclavitud. Nada de eso. No sólo colorín colorado. Muchos esclavos jamás lucharon por su liberación, y si no, pregúnteselo al «*Tío Tom*».

Así que esos decretos de manumisión se publicaron porque se escribieron manifiestos, decálogos, alzamientos al final de los cuales se decretó el fin de la esclavitud, de la más notoria y conocida porque las otras, las no evidentes, a pesar del decreto de redención se mantienen con el nombre cambiado como eso de reprimir para salvar la democracia, la trata de blancas, la compra-venta de futbolistas, o irremediabilidades biológicas como las del sexo.

Con frecuencia se asume que la liberación, sinónimo de redención, no se refiere sólo a los esclavos, sino a la humanidad como humanidad. Se dice que se logró *a partir del día en que se firmó el acta de independencia*, de América Latina o de cualquier otra colonia. Pero la suscripción de ese documento sólo ha sido un punto de partida ha-



cia las encrucijadas, vale decir la bifurcación de los caminos. Por eso no es ocioso preguntarse si ya se ha logrado la completa redención. Y como la respuesta es dubitativa, esta positividad de la imposible luce como si fuese la ontología de la existencia.



DISLEXIA



La demagogia es un discurso que se funda en alteraciones semánticas. Las palabras, las metáforas, los mitos constitutivos del lenguaje, en la conciencia del hablante no significan lo que dicen sino lo que no se quiere decir. Tienen un plus, un poder adicional porque el hablante se siente poseído por el poder creador de la palabra. El uno y la otra aumentan de estatura. Dicho de otro modo, la demagogia incorpora, se siente investida por el poder del habla, que es su esencialidad; por ello, el trastocamiento de la mentira en verdad es una trastocación moralmente indiferenciada. Se trata de una mitomanía inconsciente porque, como se da en el terreno de los valores, se desconoce la diferencia entre verdad y mentira. Se trata, pues, de una dislexia o dificultad para leer los caracteres con los que está escrito el texto de lo real.

¿Es procedente llamar dislexia a la demagogia? Quizás no, a menos que se la tome como una metáfora, como un decir de nuevo cuño, o como una forma de locura de la prepotencia, la de Papá Noel, ése que en Navidad se le concede el don de regalar juguetes a diestra y siniestra, o de esas personas, distribuidoras de bienandanzas, que en el cumpleaños te dicen, *finalmente, en este año se realizarán todos tus sueños.*



CHAMICO



La historia sagrada de los griegos antiguos se llama Mitología. En esos textos cuentan que los dioses, cuyo cielo era el Olimpo, comían una hierba más potente que la marihuana, llamada ambrosía. La degustaban haciendo caso omiso de los horarios, durante toda su existencia. Existencia anterior a la esencia, al revés de lo que creía Sartre; existencia infinita, porque la ambrosía concede la eternidad. Así, sobredimensionados, una de sus ocupaciones fundamentales era hacer el amor y en los intermedios no sólo propiciaban guerras sino que también crearon a Homero para que escriba La Ilíada y La Odisea, y a Sócrates para que Platón escriba «Los Diálogos» y a Prometeo para que robe el fuego de los dioses y lo regale a los hombres. Y con aires de picardía, aun cuando sería mejor decir que con cierta insania, las divinidades inventaron a Dionisos para que instituya el principio del placer, encomendándole, al mismo tiempo, a Apolo para que reglamente el erotismo mediante la razón instrumental. Y esta contradanza entre el erotismo y la racionalidad son las piedras sillares de la tragedia, porque tragedia es la imposibilidad absoluta del erotismo sin cortapisas. En otras palabras, los dioses gobernaban el mundo con la soberbia juguetona de las élites, y no sólo porque su divinidad provenía

del uso ininterrumpido de la ambrosía, como creían algunos helenos, sino porque esa planta repotenciaba su divinidad.

De todos modos, la desproporción de tales poderes ha suscitado la envidia de generaciones sucesivas de la humanidad y la curiosidad de los científicos, uno de cuyas primeras conclusiones es la de que no hay ambrosía sino ambrosías.

Ambrosías, en plural, significa que hay muchas plantas e incluso animales que producen resultados similares. La amapola es una de ellas, la marihuana es la otra; también las cantáridas, un insecto bellissimo, verde-metálico, que además tiene un olor exquisito. Para que produzca resultados primero hay que molerlo y luego beberlo mezclado con champaña. Y no hay que olvidarse de la machaca, un coleóptero cuya picadura produce tal excitación sexual que si no se hace el amor de inmediato, se muere.

Otro sí: ahí está la ayahuasca, a la que William Burroughs llama yagé. Este escritor viajó a la selva amazónica en busca del amor de otros hombres y del yagé, droga alucinógena a la que se atribuye la capacidad de agudizar la imaginación. Los curanderos indígenas lo usan para buscar a los hombres que se han perdido en los laberintos de la selva y a las almas que han olvidado al cuerpo al que pertenecen.

Se diría que el relato de Burroughs acerca de sus correrías por América del Sur está emparentado con la poesía de Rimbaud, esa de «Una temporada en el Infierno»: *«antaño, si mal no recuerdo, mi vida era un festín donde todos los corazones se abrían, donde corrían todos los vinos»*. Y aquí se dan la mano Burroughs desde Sur-América y Rimbaud desde el infierno: *«y una noche senté a la belleza en mis rodillas, y la encontré amarga, y la injurié. Tomé las armas contra la justicia»*, porque el que viaja en busca del yagé, descubre que en los baños públicos de Panamá, los «vendedores de drogas están al acecho con una hipodérmica cargada y lista para clavarla»¹. Y en Bogotá hace tanto frío que no sólo es imposible calentarse, sino que «como en ninguna otra ciudad que haya visto

1. «Cartas del Yagé», William Burroughs y Allen Ginsburg, Ediciones signos, Buenos Aires, 1971, p. 12

en América del Sur, se siente el peso muerto de España, sombrío y opresivo»². Y en Pasto, un cura da un discurso que no tenía nada que ver con lo que estaba diciendo. «Era imposible no percibir la hostilidad neurótica de sus ojos, el miedo y el odio a la vida. Parecía un abogado de la muerte»³. Y cuando llega a Manta, Ecuador, cuenta que un hombre miserablemente vestido con un yérsey empezó a abrir las valijas. «Pensé que era un ladrón desvergonzado y le di un zamarrón. Resultó ser el inspector de la aduana»⁴ Y más asimismos, por supuesto. Desde luego. Con mucho gusto, tan-tan, hasta que en Lima, al fin, toma una taza de un líquido preparado con ayahuasca hace algunos días; se acuesta y al cabo de una hora empieza a ver al Gran Ser que se aproximaba con una enorme vagina húmeda, o un falo enhiesto, que las imágenes son difusas. Acostándose junto a eso, descubre un agujero negro por donde aparece la nariz de Dios y toda la creación con serpientes de colores.⁵

Y Rimbaud, «*Me acostumbré a la alucinación simple: veía con entera sinceridad una mezquita en lugar de una fábrica, una escuela de tambores dirigida por ángeles, carruajes en los caminos del cielo, un salón en el fondo de un lago; los monstruos, los misterios. Después explicaba mis sofismas mágicos por la alucinación de las palabras*»⁶.

Otra de las ambrosías de América del Sur es el chamico. A media voz, entre murmullos y cuchicheos se alaban sus prodigios. Fíjese nomás. ¿Qué? Eso pues. Ese tipo medio loco, como si estuviese enamorado. Los enamorados creen que la vida es el predominio de la felicidad; que esa felicidad no es compatible con el comer ni con el dormir, sino con el volar. Así que cuando se vuelve nube, en las neblinas de la embriaguez, vuela y canta y ríe sin ton ni son, y los comarcanos comentan a media voz: se trata de un enchamicamiento, no porque haya comido chamico sino porque los síntomas del amor son concomitantes con los enchamicados.

«Cartas del Yagé», William Burroughs y Allen Ginsburg, Ediciones signos, Buenos Aires, 1971.

2. *Ibíd.*, p. 14

3. *Ibíd.*, p. 23

4. *Ibíd.*, p. 48

5. *Ibíd.*, p. 62

6. Arthur Rimbaud, «Una Temporada en el Infierno», Monte Ávila Editores, Caracas, 1986, p. 37

Chamiquez, entonces, es la euforia como un estado del ser, o el erotismo creador, ése que a veces anda suelto. Sin embargo, la *chamiquez* no es el predominio del placer, sino también del dolor. Comienza con un dónde estás amor, no escucho tu reír ni veo el brillo de tu mirada. Es tanta la lejanía.

Esas oleadas de alegría–tristeza, efecto de las altas dosis del *chamico*, también producen la muerte. Una muerte beatífica, con los estremecimientos del orgasmo, porque la *chamiquez* es la muerte que se viste de felicidad hasta el último segundo. Sin embargo, ¿cómo saber si el que muere deja de existir al final de su orgasmo sin el imposible testimonio del fallecido? Los únicos datos visibles son una sonrisa triunfal que poco a poco se vuelve ceñuda, cuchillosa, que se va extinguiendo con la mueca de quien canta el Ave María. Y no sólo eso, sino esa lasitud aumentativa. Además está el testimonio de los que beben *chicha* de maíz fermentado con *chamico*. Sus borracheras son un proceso que va de la bienaventuranza a un reír de larga duración, mientras las manos se mueven como si estuviesen acariciando. Por eso al *chamico* también le llaman la *Hierba del Diablo*, aludiendo a aquello que enardece; pero también le nombran la *Trompeta de Dios* porque al final pareciera que están tocando el Brindis del Toreador.

Todo esto ya lo sabían los Incas y los Mayas. Para ellos los dioses eran la unidad de lo bueno y de lo malo. La bondad y la maldad no están separadas, decían. Por eso, cuando los dioses intervienen en las cosas de los hombres no se sabe sus verdaderas intenciones y sus actos tienen la fuerza combinado del *malbién*.

Esta condición, la de la bondad y la maldad como unidad no sólo es un atributo de los dioses sino también de todas las formas de vida; por eso, el *chamico* es pariente cercano de frutos exquisitos como el tomate, las berenjenas, el pimentón, y de drogas adictivas como el tabaco. Y la papa riquísima, tan comestible, sus hojas son venenosas y una especie de uvas que crecen en el tallo, *el papapulo*, producen una muerte fulminante.

Cuando llegaron a lo que hoy es América los negros candomberos, imitando a los *caracas* y a los *quitus*, fumaban chamico para llegar al paroxismo del amor recorriendo el camino de la música y de la danza. Y como cuenta Huamán Poma de Ayala en su «Coronica del Buen Gobierno», los Incas monopolizaron el uso del chamico, no sólo para diferenciarse de la plebe sino para curar varias dolencias, por ejemplo el susto, que es una enfermedad repentina en la que se pierde el alma. Además, había damas principales enfermas de tristeza, como Mama Ocllo. A todas ellas había que suministrarles chamico y paciencia.

Mama Ocllo era una Coya, es decir la número uno del Inca. A pesar de su principalía, o precisamente por eso, sufría de melancolía, que desde siempre es un estado de ánimo producido por la pérdida de las ilusiones. Hace años, cuando los Incas inventaron la idea del Tahuantinsuyo, y dieron comienzo a la invasión del continente de sur a norte, Manco Cápac decía que era hijo del Sol, pero ella, nada de eso, tú eres el mismo Sol porque la noche y el día me alumbras y me enciendes y me quemas. El amor es la luz.

Después, en la medida que avanzaban hacia la tierra de los Caranquis y de los Quitus, Manco Cápac, el Inca-Sol, dividió el tiempo en días y noches. Dijo que la noche es un recorrido de doce horas, durante las cuales, para seguir siendo Sol, tiene que recuperar la luz perdida, debe distribuir la sustancia que enverdece a las plantas para que canten los pájaros y la tierra no se enferme de tristeza.

Y se encendía, pero en otros regazos, es decir que para Mama Ocllo se fue apagando, y las marchas civilizadoras hacia el norte dejaron de ser marchas hacia el amor y la victoria, y al final de las batallas, ella quería ser poseída por su Sol, y él camina que te camina, ausente durante doce horas, calentando la cama de la quiteña Pacha, de alguna shiry, en cualquier otro lecho de cualquier recién hallada. A partir de entonces, cuando comenzaba a caer la neblina del páramo, ella ordenaba que toquen *La Vasija de Barro o El Cóndor Pasa*, melodías que ya estaban en el inconsciente de los habitantes del páramo antes de que las entonen los rondadores quiteños y las flautas bolivianas. Y se sentaba entre las flores del chamico

a la espera de que aparezca Yaguarán, un amante que inventó para soportar las noches frías del páramo.

Yaguarán era un guerrero con guaraca y macana que apareció una tarde que comenzaba a convertirse en noche. Sólo se miraron. Ella dijo ¡qué hombre! Y él se inclinó con respeto. Sin embargo, nadie conocía a Yaguarán. Nunca había participado en ningún combate. No tenía choza, ni chacra ni cuyes. Así que ella y él jamás se encontraron. Pero la Coya, como una planta que sueña con las lluvias, le seguía esperando, hasta que comenzó a dudar acerca de si el encuentro fue real o el producto de ilusiones imperativas, o acaso el rondar de uno de esos fantasmas que se despeñan por los farallones andinos. Tanta porfía; seguía allí sumida en ese estado de depresión intensa vivida como un dolor. Estaba persuadida de que sólo con lo que no se ve es posible conocer lo que se ve. Y cuando las cosas no son lo dado, es preciso inventarlas. Y la Coya, enferma de melancolía, comía poco, escuchaba el vuelo del cóndor como si estuviese encerrada *en el fondo oscuro y fresco de una vasija de barro*, porque en vasijas de barro enterraban a los muertos, y bebía chicha de maíz fermentada con chamico, tratando de compensar la pérdida de las ilusiones. «*La tercera Coya fue mujer desdichada. No comía casi nada y bebía mucha chicha y de cosas insignificantes lloraba. Era triste de corazón*», anota Huamán Poma.

Este cronista creía que hay una relación directa entre melancolía y época de lluvias. Pero los *amautas* sabían que la garúa no es la causa de la tristeza, es decir que el mismo planteo de esa relación era una argucia para ocultar las oscuridades de un pueblo guerrero, esas cuevas secretas como la ansiedad, el temor, la depresión que contribuyen a la inhibición de las funciones psicósomáticas y produce el deseo de la muerte, como ocurre con los nativos de Los Andes, desde los Incas o desde los muy antepasados, hasta los serranos, los andinos o los alteños de la América Latina de hoy en día.

Así, el minucioso Huamán Poma anota que a más de la melancolía, en el incario se padecía de la *enfermedad del baile* llamada también *enferme-*



dad del contento, provocada por dosis excesivas de chamico, y no está claro si por la similitud entre la enfermedad y la rebeldía, es decir peyorativamente, las altas jerarquías llamaban enfermos a las tribus que se sublevaban contra la dominación inca.







LA MAGIA DE LA PALABRA



«El hombre primitivo se siente a sí mismo rodeado de toda suerte de peligros visibles e invisibles, que no espera vencer por medios físicos», decía Cassirer departiendo con sus amigos, escribas y uno que otro especialista en filosofía y antropología.

¿Qué hacer, entonces? Fieras acechantes, demonios invisibles, muertos que se escapan de sus tumbas, caínes y abeles, ese odio de los hermanos. He ahí el problema y la pregunta, la esencia del ser, diría algún ilustre metafísico porque el problema y la pregunta, si se ve con cierto detenimiento, son la genealogía de lo que ha llegado a ser el hombre. Y siguiendo las pisadas de Cassirer, se diría que el hombre primitivo, aunque se desconozca cuando comienza y cuando termina eso de primitivo, incapaz de vencer por medios físicos, acudió a lo único que tenía, es decir al poder de la palabra: *abracadabra, hágase la luz, chilín-bilán, los maderos de san Juan*.

A causa del total desvalimiento, algunos de los que buscan amparo, habrán pretendido obtener el don sin pagar nada al poderdante. Hay que ofrecer penitencias, ordenaron los chamanes, subir de rodillas algún cerro, por





ejemplo, caminar sobre el fuego, dejar para siempre algún vicio secreto. Se trata de un negocio en el cual el uno habla y se supone que el otro, es decir los dioses, escuchan y conceden.

El sentido mágico de la palabra es un en sí: se sostiene en sí mismo. Es uno de los más antiguos atavismos, como lo demuestra el *fiat lux* pronunciado por el Dios de la Biblia o por Gutumatx, el Dios del Popol Vuh. Es decir que *fiat lux* no es una frase del día a día sino acentuadamente una acción significativa, tanto más que luce imposible crear el universo con una tecnología diferente a la palabra. Cuánto demoraría fabricar el sol, la luna, el viento, el mar de arriba y el cielo de abajo, de uno en uno a los animalitos, los buenos y los malos. Dada esta imposibilidad, tanto Jehová como Zaratustra, Tapeu y Gutumatx, acudieron al método de la palabra transformadora, a sabiendas de que son mágicas y polisémicas, porque si hoy en día dices hágase la luz, no pasa nada, a menos que Edison ya haya inventado el alumbrado público y se haya pagado el servicio.

Ahora bien, si los dioses tienen la capacidad de trastocar lo real mediante la palabra, también pueden lograr tal hazaña quienes las pronuncian de determinada manera. Esta suposición determinó que los sofistas inventen la **retórica** para formalizar el poder de la palabra. Retórica es el saber que cree que las palabras son objetividades, o trasunto de los objetos. Por eso, el propósito de los retóricos era inducir a los oyentes a modificar sus formas de pensamiento como el primer paso encaminado a realizar determinadas acciones.

El pensamiento-lenguaje puede emplearse tanto para crear como para destruir, sin que se sepa cuál de estas acciones sea la buena y cual la mala, o si son ambas cosas a la vez. Es que las palabras vienen con máscaras, vale decir con varios significados, como cuando ves un gato, exclamas ¡mira, que lindo gatito! Pero también dices, 1) esa mujer es una gata, 2) por la noche todos los gatos son pardos, 3) sólo se trata de cuatro gatos.

Así, lo maravilloso puede significar también lo espantoso. Y las palabras inventadas por los dioses a fin de disponer de un método infalible para



crear el mundo, ¿expresaban cabalmente lo que quisieron crear? A lo peor, imaginaron los saltos veleidosos de una cabra, ¡quien quita! O la maldad que suele disfrazarse con el ropaje de la bondad. Y sin proponérselo, imaginando con el rabillo del subconsciente tales quisicosas, crearon el mundo.

A pesar de que la humanidad ha sufrido numerosos fracasos porque el poder transformador de la palabra no se lo ha usado como es debido, o no ha sido suficientemente eficaz para conjurar el peligro o para solucionar problemas, como la sequía, la guerra, los desengaños amorosos, jamás ha renunciado radicalmente al uso instrumental de ese recurso. Esta tenacidad histórica tiene como criterio de verdad la constatación de los efectos demoledores que tiene la palabra de los amantes acerca del amor o desamor, la delación de alguno de los conjurados, o el discurso de los héroes carismáticos. Aquí, la magia de la palabra produce transformaciones concienciales. *«El logos se convierte en el principio del universo y en el primer principio del conocimiento humano»*, de nuevo gracias a la vaqueanía en los rastros dejados por Cassirer.

El significado se transforma en símbolo, y de nuevo, como símbolo, la palabra se viste de magia, aun cuando «la diferencia real entre las lenguas no es de sonido o de signo sino de perspectivas cósmicas o visiones del mundo», como dice Humboldt, Guillermo, citado por Cassirer. Si es así, *el lenguaje es energía*. Cuando el hombre habla, no sólo se comunica sino que actúa sobre el mundo porque hablar es una forma de ordenar lo desordenado, despertar a los seres que duermen, o que yacen quitecitos ante la conciencia del otro. Sin embargo, *las palabras no sólo unen; también separan. Recuérdese la Torre de Babel*.



CHIN-CHIN



Se conversaba en grupitos. Se reía y se brindaba por la modernidad y la postmodernidad; por un planeta recién descubierto: giraba alrededor de tres soles, ¡qué maravilla! Está situado a una distancia de ciento cuarenta y cinco mil años luz de la Tierra.

Cuando se notó que escaseaban los pasapalos y el vino, un vino chileno, de esos con *cuerpo*, exquisito, el Candidato chinchineó su copa, solicitando que se le preste atención a lo que quería decir. El Candidato, que pronto sería un alto funcionario, no tenía barba, no era calvo, tampoco gordo como los candidatos del siglo pasado. Con una especie de sonrisa inició su brindis académico, señalador de caminos ya señalados. Así que dijo esas cosas que se dicen en esa clase de brindis. No obstante, como si una fuerza interna presionara las placas tectónicas del espíritu, dijo que el doctorado de la Facultad tenía que ser la vanguardia de la inteligencia nacional.



Aplausos, y luego chinchín, se corroboró el brindis con las copas en alto. La universidad requería de esa vanguardia. El país estaba urgido de muchas cosas a las que ahora se les llamaba sabiduría, ciencia, pensa-

miento crítico porque en cualquiera de sus formas, pensar es vivir, crear, disentir, un poquito más allá del *cogito* cartesiano. Convertirse en la vanguardia, ¿será posible? El doctorado, la facultad, la universidad toda funciona dentro de un marco jurídico que aun cuando no puede ser violado se llama democracia crítica, aun cuando debería llamarse democracia hermética.

Se había entendido que criticar significa problematización, disenso, pensamiento creador, es decir libertad. Nadie reparó en que la legalidad democrática era un sistema, es decir un marco conceptual e institucional donde cada cosa está en un lugar predeterminado. Este orden presupone la permanencia, donde permanencia significa seguridad, o sea la inseguridad para quienes violen ese ordenamiento. Es decir que la seguridad del sistema producía indolencia por un lado y miedo por otro. Dicho de otro modo, la indolencia y el miedo habían anulado la crítica, aun cuando se podía negar la existencia de Dios, analizar acremente al presidente de Tanzania, despotricar de muertos más o menos ilustres, como Marilyn Monroe, Hegel o Salvador Dalí.

En suma, el sistema había generado un pensamiento anquilosado que algunos, como Kafka, llaman burocracia. Este *agrimensor* de castillos de la antigua Checoslovaquia y de la Gran Muralla China, consideraba que cuando la burocracia llegaba a determinado nivel, los burócratas se convierten en insectos. Lo demostró en una crónica fidedigna llamada «La Metamorfosis». Allí se cuenta que Gregorio Samsa se acostó a las nueve de la noche y amaneció convertido en un insecto que se desespera porque tal como estaba no podía asistir a su puesto de trabajo. No está claro si el apellido *Samsa* es una alusión a *tzanza*, palabra del lenguaje jíbaro que significa cabeza del tamaño de una pelota de tenis, reducida mediante la magia y los hierbajos secretos conocidos únicamente en la selva amazónica donde habita el pueblo jíbaro.

Entonces el brindis del Candidato, mediante el cual se declaró ferviente partidario de formar una vanguardia intelectual, era imposible por cuanto no sólo se había llegado al nivel kafkiano de la metamorfosis, sino que



se había accedido al nivel de la fosilidad como lo demostraba esa piel de dinosaurio, tan gruesa y tan firme que sobre ella se sostenía la universidad y sus estamentos.

Fosilización dinosauria es el más alto nivel de la burocracia. En esta cima, la burocracia asume formas de gobierno unidireccionales donde el único que da las órdenes es el gerente, como actualmente llaman a todo el que tiene mando.

El gerente tiene una lista con los nombres y los saberes de todo el mundo. Allí no consta ni la vanguardia propuesta por el Candidato. Son innecesarios los *think tanks* por sus interminables discusiones, tantas dudas, bautizadas con el apodo de pluralidades, transdisciplinariedad y otras zarandajas. Y como al parecer no sirven para ninguna de las áreas de la sociedad, el brindis candidatural debería inscribirse en una de esas lápidas que conmemoran las utopías de bajo nivel.



EL SEMINARIO



Fue un seminario en el que se analizaban los conceptos de José Vasconcelos acerca de la educación. Los textos que él cita o que corroboran sus puntos de vista, eran familiares para varios de los allí presentes. Así que sin mucha reflexión, dije: hemos leído casi los mismos libros que ha leído Vasconcelos, y recordando, por asociación de ideas, las lecturas de Simón Bolívar, añadí, y Vasconcelos ha leído los mismos libros que Bolívar.

En ese momento, la intención de semejante referencia tuvo por objeto enfatizar en que, a pesar de haber realizado las mismas o parecidas lecturas, las conclusiones lucen tan diferentes. La palabra muerta, esa que está impresa en los libros, parece que no es la misma si se la lee en el siglo XIX, con la mirada puesta en la liberación del coloniaje, o en el proceso de la revolución mejicana a principios del siglo XX, o con el cansancio de tanto fracaso en los albores de la centuria número 21, cuando después de tantos años no se sabe en qué se sostiene la revolución cubana, después del derrumbe del Muro de Berlín, cuando la esperanza ya no se llama esperanza sino desilusión.

Pero no sólo era eso. También se trataba de que unos cuantos autores europeos hayan escrito un saber aparentemente definitivo, incommovible. Como si Platón, Aristóteles, es decir los griegos, fuesen para siempre. O que las *críticas* de Kant, el Leviatán de Hobbes, o el vibrante discurso de Rousseau, la sorna de Moliere o de Goethe, constituyeran la sabiduría humana estatuida hasta la eternidad. Maquiavelo y Shakespeare sin más.

Después de tanta cumbre, ¿la cultura se habrá detenido? Se dice que no se trata de llegar sino de seguir caminando, pero los seres humanos, los habitantes de un planeta situado al extremo de la Vía Láctea, siguen dando vueltas alrededor del banquete llamado cultura occidental y cristiana, recogiendo migas, tantas sobras, como si fuesen mendigos. ¿Será que el devenir no ha devenido? Sin embargo, unos cuantos han levado anclas y se ha ido por ahí, mar adentro, tratando de llegar a un Hawai que no es el Hawai de las películas, es decir a una playa desconocida, una de éstas donde aún no imperan las leyes eternas, las que determinan la existencia del universo y la moral de los seres humanos.

A lo mejor no existe. Pero vale la pena buscarla, por lo menos para disfrutar de los preparativos. Vale la pena, decían algunos del seminario. No más vueltas y revueltas, como el molino alrededor de su eje. ¿Será que repetir lo que otros han hecho es nuestro destino?

Vaya uno a saber si ese deambular sea la única manera de entender el mundo.

Pero las sacudidas son repentinas. Proviene de situaciones inesperadas. No de un seminario precisamente, ni de la sabiduría de los científicos. Acudamos a Bolívar, entonces, decían. Martí dijo que Bolívar todavía tiene mucho que hacer en América. Premoniciones poéticas, ¿no?, porque bienviendo, Bolívar, «el pequeño capitán valiente» se ha convertido en testafarro de cualquier aspirante a estatua. Es decir que acaso sea preferible meterse contra todo lo sabido y aprendido, en las entrañas del pasado, como quien destripa, para ver qué queda en limpio.



Así que el remezón puede que venga de otro lado, no como una teoría de la verdad, sino como un manotazo, no importa que a posteriori se confirme que el manotazo es una nueva teoría del conocimiento.





AMOR INMORTAL



Hay dos amores primarios que nunca mueren: el amor de la madre y el amor a uno mismo. Pero como en todas las clasificaciones, ésta es incompleta porque hay otro amor exógeno, de postgrado, por cuanto se trata del amor a la ciencia, o a la sabiduría, que eso significa filosofía.

Este perdurable amor de postgrado se fundamenta, 1) en que filosofía quiere decir amor a la sabiduría, y 2) en que nunca se consuma. Dicho de otro modo, se trata de una tentación insatisfecha. En efecto, la filosofía es como caminar bajo un sol que nunca se oculta, o donde llueva o relampaguee *ab eternum*. Y camina que te camina, siempre se está en los puros comienzos, hospedándose en *La Academia*, donde los Peripatéticos, o en *la Escuela de Frankfurt*. Esos refugios son como casas de los muertos donde se puede roer huesos abandonados por antiguos comensales, con la esperanza de que quizá quede algo por dentro. Amor verdadero porque es sin recompensa y sin guías para turistas puesto que en la oscuridad de la noche todavía se averigua si «Las Mil Mesetas» es un hotel cinco estrellas fundado por Deleuze o un descampado donde la música de fondo es el aullido de los lobos comarcanos, o si la «Gramatología» es la finca de monsieur Derrida, lugar en el que según se cuenta, aún dan asilo a los que han perdido el camino.



CURRICULUM VITAE



¿Se sigue siendo lo que se ha sido? ¿Si uno supiera hasta cuándo dura el pasado! Debe tener límites, posiblemente, pero no como el imperativo *hasta aquí, o a partir de entonces* desapareció Roma, porque siempre hay cosas que aún te quedan, cicatrices, o el vestido que ya no usas porque ni siquiera sabes que todavía lo tienes guardado por indolencia, o por una nostalgia que se confunde con el cariño.



Hay muchos signos indicadores de que hoy por hoy ya no se es lo que se ha sido, reiteró el doctor Arruguez. Ese no era su nombre, pero sus arrugas eran tantas que incluso los vocablos tenían pliegues y líneas de demarcación hasta el punto de que el sustantivo y el adjetivo se habían fundido con lo nombrado. Tan puntilloso en su explicación, dijo que así las cosas, en su currículum vitae, en el lugar de los títulos alcanzados, cuando escribe «abogado», se siente una especie de cargo de conciencia. Como si estuviese mintiendo, porque a pesar de haber obtenido el diploma, ha olvidado casi completamente los vericuetos de los litigios. En otras palabras, soy-ya-no-soy-abogado, como tampoco muchos de los ítems que constan en el *currículo publicable*. ¿Verdad o no? Esos

currículos parecen caricaturas de los *diarios de a bordo*: sirven para jactarse de las maniobras intrépidas que se hicieron o que se imaginó haberlas hecho para no naufragar. O para el muy humano anhelo de conseguir el empleo que te salvará de otros naufragios.

Dije *currículo publicable*, como se habrán dado cuenta, porque todo el mundo tiene, también, un *currículum secreto*, el más interesante, porque es el único en el que constan sucesos tan decisivos como la primera vez que bailaste con una chica y casi enloqueces porque te rozó el rostro con su cabellera; el libro que hurtaste en la librería en nombre del afán de conocer, los ímpetus asesinos contra desprevenidos hermanos prójimos. ¿Y esa repentina impotencia en ese momento que los toreros llaman la hora de la verdad? No puedes andar contando que dudaste de tu virilidad, habida cuenta de que los lances amorosos son, a la chita callando el verdadero *leitmotiv* de la existencia. Y así y más así, como cuando la cobarde cambia su nombre por el de cortesía para impedir, simplemente, decirle al otro lo que realmente piensas de él.

Ese currículum de lo secreto no se encuentra ni siquiera en las autobiografías pre-morten: el amor a uno mismo impide descender, sin escalares ni descensores, a los subterráneos de la conciencia, esos laberintos negros, aún cuando sería mejor decir oscuros o tenebrosos para no incurrir en el racismo de los colores.



En sentido estricto, el currículum es un mostrario de los títulos obtenidos a lo largo de una carrera. Pero cuando te preguntan por la edad, el estado civil, los *Hobbies*, el curriculum publicable pretende husmear tu subjetividad; entonces deja de ser curriculum *strictu sensu* para transformarse en historia de vida, y en este sentido, el publicable como el secreto, aun cuando son objetos en y para un sujeto, son ontológicamente distintos. No pueden mezclarse sin contradecirse. Por ejemplo, en el publicable no puedes decir que la existencia de cada persona es una serie continuada de desdichas. Si lo dices, el currículum se volvería biografía y te rechazarían porque quienes dan empleo no buscan mártires. Por eso el publicable es tieso, descriptivo; no admite que tengas mal carácter, duro el



estómago o que vayas mucho al baño por problemas mingitorios. En consecuencia, se recomienda cautela, y dejar para el curriculum secreto eso de que la música la inventaron las sirenas porque la Novena Sinfonía, de Beethoven, o El Réquiem, de Brahms, suenan a veces como un viento fuerte, y otras como si vinieran de las profundidades del mar, donde profundidades del mar significa tus propios abismos. Lo abisal de los orígenes.

No obstante, tienen en común en que ambos se refieren al pasado, es decir que ninguno de los dos atestigua lo que se ha llegado a ser. Y es como si no quedara nada de la época en que se estaba en contra de los diez mandamientos. *Diez mandamientos* significaban los valores vigentes, las normas de la moral y las buenas costumbres. Así que fui o fuimos los que estábamos en contra de esa especie de asfixia que emana de la creación entera. Entonces inventé, aun cuando sería más exacto decir que inventamos el mandamiento decimoprimer, un decreto que eximía de culpa al que ame a la mujer de su prójimo, o al hombre de su prójima. Y eliminamos el quinto, ese que ordena no fornicar porque someterse a semejante disparate constituiría un atentado contra los principios de la sexual democracia. Y parecen pecados veniales las trampas en los exámenes trimestrales del bachillerato, las infidencias y las maniobras ejecutadas con la máscara de la racionalidad.

¿Cómo mentirse a uno mismo calificándose de guerrillero que se alzó en armas en nombre de la libertad y la justicia si tu actual voluntad de poder tiene otros telos? Haber sido guerrillero es una hombrada libertaria. ¿Quieres que te admiren? Y a pesar del empeinado propósito, no puedes olvidar las variables del escalofrío mientras iban sigilosos hacia la emboscada, cuando de bruces se pegaban contra la hojarasca o el fango, con la prohibición de moverse ni siquiera para espantar la sed de sangre de los zancudos. Se llamaba prudencia a esa especie de catalepsia, pero todos sabían que prudencia es el miedo que te paraliza. Miedo de que te den, o de disparar contra gentes que no odias. Sería mejor decir, en los mil novecientos y tantos, nos alzamos en armas por la libertad y la justicia, cuando las teorías lucían estériles, sumamente cansadas. Hoy están en el museo esas variables de la teoría de la justicia.



Todo eso forma parte de lo que estoy llamando currículum secreto, ese que ya no está vigente, palabra de honor, porque has llegado a la edad en la cual ya no se puede comer carne de cochino, beber ron ni *bailar pegado*. Bailar pegado quiere decir estar dispuesto a hacer el amor con cualquier mujer, a cualquier hora y en cualquier sitio. La *cualquieridad* ya no es posible. ¿O se debe decir *cualquierismo*?

Entonces, los dos *curricula*, el público y el secreto son archivos anaquelados, aun cuando sólo uno de ellos esté escrito. Dejan constancia de lo que uno fue y ya no es. Así que lo procedente sería decir fui abogado, o guerrillero, o bailaba pegado. Todo en pretérito, como en esas fotografías borrosas donde con mucho esfuerzo todavía se puede vislumbrar que una persona que se parece muchísimo a ti mismo, tiene la pose de querer cruzar a nado un río crecido.



EL JOROPO TUYERO



En una de esas reuniones que llaman *conversatorios*, los reunidos hablaban sin pedir autorización, tanto más que no había a quién solicitarla habida cuenta de que la persona elegida con esa finalidad no asumía sus funciones. Así que había un ruido de colmena producido por voces enérgicas, risueñas, filosóficas o teatrales, no siempre concordantes, sumamente caribeñas, si caribeño, en tanto que adjetivo, en este contexto significa quitarse mutuamente la palabra.

El tema propuesto era el arte popular, pero nadie especificó en qué consistía. Tampoco su procedencia. Se suponía que tenía nexos con la religiosidad de campesinos, de negros manumisos desde hace más de un siglo, vendedores ambulantes, blancos de orilla, es decir el poverío. Esta procedencia le confería el atributo de autenticidad, con aureola de casi sagrado gracias a la suposición de que el pueblo es la voz de la divinidad. Al parecer se trataba de un arte contrario al de las élites. Sin embargo, gracias a la herencia territorial, las dos formas del arte coexistían, o se toleraban. A la final no se trata de culturas de nacionalidades diferentes.

De repente, como si se alzara por encima del oleaje, con la música que llevaba en su imaginación, se puso a bailar el joropo un joven moreno, de



barba cerrada, bastante buen mozo. Esas sus características físicas, como por ejemplo buen mozo, no tienen nada que ver con el arte popular, aun cuando lo de negro sea significativo por la elasticidad apasionada con la que bailaba, erguido, el brazo derecho hacia atrás, como si empuñara algo escondido en su cintura.



Deteniéndose de cuando en cuando, explicaba que una de esas dictaduras caribeñas, es decir barrocas, o paranoicas, si se quiere dramatizar un poquito, perseguía toda clase de reuniones por la sospecha de que se realizaban con fines conspirativos. Por eso, por el miedo al servicio de inteligencia, en algunas fiestas la música sonaba con tonalidades excesivamente bajas y los joroperos bailaban remirando las puertas, las ventanas, cualquier acceso. Con la mano en el puñal, puntualizó el bailarín, como el que supuestamente tengo en la espalda, por si acaso irrumpen los sicarios.

Se acercó a la mesa destinada a los notables del conversatorio, y golpeándola como si fuera un tambor, siguió bailando, con la plasticidad que tienen los negros.

A esta manera de bailar se le conoce con el nombre de *joropo tuyero*, dijo el bailante, porque se inventó en el pueblo de Tuy, aun cuando hoy por hoy, *tuyero* ya no es solamente un gentilicio, sino aquel desafío que se baila.

Había disminuido la bullanga a causa del joropeo. Entonces la *Mujer Bonita* dijo, si se sabía que los sicarios podían matarlos, lo racional hubiese sido no asistir a ninguna fiesta. Ciertamente, dijo el bailarín, pero eso hubiese significado borrar del lenguaje, o sea de la misma cultura, la palabra baile. El común cree que existir es sinónimo de bailar.

Como si reflexionaran, disminuyó la bullanga. La *Mujer Bonita* comprendió por qué estos caribeños, cuando saludan y se preguntan, ¿cómo te va?, responden, usualmente, ¡al pie del cañón, compay! Nada menos que un cañón y no el historiado machete, un revólver o la escopeta de los montañeses. El mentado cañón, si es que todavía existiese físicamente,



sería un fierro oxidado, de esos abandonados en algún barranco al final de la bolivariada. Entonces, *al pie del cañón* tampoco alude a un arma, sino al símbolo del centinela en una madrugada llena de augurios.

Algunos se iban sin disimular que lo hacían y los emparejados se besaban como si se acometieran. Curiosamente, las manos permanecían inmóviles, sin explorar las delicias de sus cuerpos, como si no tuviesen la intención de irse a la cama.

—Se trata de un cañón virtual—dijo un hombre. Al parecer era profesor. Usaba unos anteojos muy grandes, como los del Superman de mediados del siglo XX.

—Pero los cañones son instrumentos de guerra, ¿no? Y que yo sepa todavía no la hemos declarado a ningún país de la soñada Gran Colombia.

—No. Desde luego que no. Pero si hay cañones, así sean virtuales, quiere decir que le temes a algo o a alguien. Te sientes perseguido. Y el miedo te induce a correr o planificar emboscadas.



CIENTIFICIDAD



Milagro producido por una especie de varita mágica llamada método, como si el método fuese un saber independiente de alguna teoría. Esta maravilla, el método, es un invento realizado en los arrabales del capitalismo donde se cree que gracias al poder de esa varita hueca, por un lado del tubo del saber se introduce basura y por el otro sale la ciencia.

¿Para qué servirá la ciencia, cualquier ciencia, donde no hay proyectos teóricos ni técnicos?

El conocimiento técnico luce innecesario en un país viciosamente importador desde la época de la colonia. Y ni hablar de la física teórica, de las matemáticas o de la astrofísica. Por ejemplo:

1) El *Big Bang*, es decir el estallido cósmico inicial, ese que inventó Einstein, a más de su parecido con el Génesis relatado en la Biblia, ¿fue un estallido que se produjo en todo el universo, en nuestra galaxia, o sólo en el sistema solar?

2) ¿Cómo es posible que la teoría de la relatividad se fundamente en algo absoluto como es la velocidad de la luz?

3) ¿Es pertinente seguir usando a tontilocas la teoría de la causalidad si está en flagrante contradicción con la teoría de la incertidumbre, establecida por Heisenberg?

4) Y también, «la economía se ha desarrollado como una teoría de la medida y del equilibrio entre las partes de un conjunto, lo cual determina que sea profundamente reaccionaria». Dadas estas premisas, ¿es pertinente que a la economía se le llame la *ciencia lúgubre*?⁷

5) Y ¿para qué realizar investigaciones sociológicas si podemos importar a eminentes sociólogos franceses para que nos den clases sobre la postmodernidad o cualquier otro invento que se realice en el futuro?

6) Y luego la pregunta de fondo: ¿Es científicamente posible combatir nuestro colonialismo mental?

7. Michael Hart –Antonio Negri, «La Multitud.», Ed. Debate, España, 2004, p. 184

LOS DEMONIOS



Gracias a los vuelos espaciales, que todavía no van más allá de la Vía Láctea, se ha llegado a saber que Dios no se encuentra por allí, en algún hueco negro o cualquier nebulosa porque es una sustancia impalpable, como el éter, cuya inexistencia ya nadie discute, o como la ley de la gravedad, pongamos por caso, donde ingravidez significa lo Demónico, porque la ingravidez es la misma gravedad pero en negativo. De lo dicho se deduce que Dios y Demonio, aunque igualmente de cuidado, no son dos personas distintas, ni siquiera como si fuesen oriundos de diferentes nacionalidades. Es decir que Demonio sólo es el mal visto desde otro ángulo, pero desde el lado opuesto tan sólo el otro nombre de Dios. Así, el Cielo, como se le llama a la casa de Dios, es un no-lugar, o aquello que está en todas partes, sin puertas ni ventanas visibles, razón por la cual Diablo entra sin pedir permiso, se sienta junto al Señor del Universo y los dos, como si estuviesen alrededor de una botella, conversan amablemente. No se hieren ni zahieren porque no son enemigos. Mantienen algo de distancia, ciertamente, con esa especie de recelo de quienes viven en habitaciones de distinto nivel del mismo edificio.

Les encanta apostar, no a las carreras de caballos y menos a la ruleta rusa, sino a la fragilidad de la fe, o a la compra de almas, como ocurrió con Job, según relata la Biblia. Y entre dimes y diretes, Diablo, chabacanamente dice, ¡te compro esa alma! Y ríen y hablan no sólo el mismo idioma, sino el lenguaje común de quienes alimentan similares proyectos existenciales.

Corroborando todo cuanto hasta aquí se ha dicho, J.W. Goethe reprodujo esos diálogos en un libro llamado «Fausto», que es el nombre de un anciano que se cree Dios. Por eso, al igual que El Señor del Universo, el doctor Fausto tiene su Diablo propio. Se llama *Mefistófeles*, y el que también, con toda seguridad, sólo es el otro nombre de sí mismo.

Gracias a estos testimonios, en definitiva, Demonio no es un ensamble de hombre y macho cabrío. Insulsa suposición, como lo demuestra Nietzsche en «El Origen de la Tragedia», donde lo demoníaco se llama Dionisos. No obstante, Demonio significa origen de lo arbitrario, como quien asegura, verbigracia, que la luz proviene de la oscuridad, el odio del amor, la tiranía de la libertad. La hegemonía de las antinomias, es decir una fuerza que quiere ir más allá de sí misma. Debe ser por eso que esos pactos de hombres desesperados que como último recurso deciden vender su alma, no lo suscriben con Dios sino con Diablo porque Dios, un inveterado constitucionalista, no rompe las fronteras de nada. Él es el orden universal sujeto a normas, al revés de su otro yo, que es el desorden como forma de existencia.

No obstante, Satanás, que también así se llama Diablo, no sería Satanás si no disfrutara dando contra, y para que se vea y anote que no siempre es arbitrario, discurre como si fuese el mismísimo doctor Fausto, con elegancia, doctamente, con la ansiedad y conmiseración característica de la racionalidad humanista, que, como todo el mundo sabe, no es usual entre los habitantes del infierno. Y Diablo, que aquí se llama Mefistófeles, declara que le duele el dolor de los desesperados. Dice que la humanidad es tan infeliz que aun cuando él, en tanto que Luzbel, está obligado a esparcir el mal, no se atreve porque le falta coraje para aumentar el dolor

de los seres humanos. Y todo eso a pesar de que podría hacerlo sin cargos de conciencia porque fue el mismo Dios el que le asignó la tarea de distribuidor de lo maloliente.

Sin embargo, sin que ese sea el propósito, a causa de que las antinomias son el verdadero lenguaje del universo, sus maldades producen bienandanzas; por ejemplo, el amor que él suscita, conlleva el hastío, es decir el detritus de las pasiones que se extinguen. Con frecuencia, en ese desierto se desata el odio, es decir la sevicia envuelta en los tules del buenamor. No obstante, ese aborrecimiento contribuye a que hombres y mujeres no armen guerras como la de Troya, sino que en su lugar inventen la separación, el divorcio civilizado, e incluso la cuchillada siempre que sea silenciosa. Que todos vivan varias vidas con sus nuevos amores, esas felicidades de temporada porque la alegría siempre termina y la infelicidad jamás.

A Dios, en cambio, le ocurre todo lo contrario. Él siempre imparte el bien, ha dispuesto *que se ame al prójimo como a uno mismo*, verbigracia, e induce a que se invente la ciencia a fin de que cese la envidia que los humanos sienten por Dios, y redacta los estatutos de la democracia para que se respeten los unos a los otros, pero por eso de las paradojas, se ama al prójimo machucándole, la ciencia conduce a la bomba atómica y la democracia no es capaz de eliminar la persecución a los disidentes. Es decir que de las buenas intenciones se deduce sin falta el mal, y el mal como pandemia se convierte en la maldad. Todo eso proviene de Dios, sólo que por miedo al poder, se le ha dado el nombre de consustancialidad de la existencia.

A esas alturas de la navegación, en unos monólogos que por alguna razón desconocida se llaman diálogos, desaparecía la diferencia entre el doctor Fausto y Mefistófeles. No había distinciones sustanciales ni siquiera en la tonalidad de la voz cuando Demonio dijo que el mal produciendo el bien es un sistema lingüístico existencial llamado paradoja. Aclaró que la paradoja es un discurso que se niega a sí mismo. Y golpeando en un escritorio invisible, Mefistófeles, imitando malamente a su viejo amigo

Emmanuel Kant, enfatizó en que paradoja es el razonamiento que permite afirmar o negar con los mismos argumentos.

De ese modo, la paradoja, en tanto que auto-contradicción, no sólo es un debilidad de la razón, o una enfermedad del lenguaje, sino la expresión de contradicciones insolubles de la existencia. En efecto, todo lo que se hace racionalmente y con la mejor intención, a) no produce lo proyectado; b) es decir que lo que debiera ser bueno deviene en lo atroz. Debería llamarse tragedia a esta paradoja ontológica porque «la tragedia radica en el hecho de que todas las formas de acción, que son irrenunciables y tenidas por valiosas en sí mismas, contienen, sin embargo, un destino de error, a los que no es posible escapar»⁸.

En ese momento, como si acabara de despertar de un mal sueño, el doctor Fausto dijo, de acuerdo a esta paradójica manera de ser, ¿soy igual a Dios?

Como se sabe, toda interrogación contiene dudas y sugiere otras más. Pero la duda es un sí a medias, o un no incompleto: un círculo que no se cierra. Puede ser incluso un desafío cuando no se sabe a qué atenerse, como le ocurrió a Ulises durante su turbulento regreso a Ítaca: acosado por el cantar de las sirenas, por las trampas de Circe y la fuerza descomunal de Polifemo, el Titán de un solo ojo en el centro de la frente. Tanta impotencia se transmutó en ira, y Ulises retó a los dioses que den la cara, que vengan a razonar de igual a igual a fin de que triunfe el que mejor argumente.

Ulises luce como uno de los antecedentes más serios del Iluminismo gracias a su ingenua fe en la razón, dijo el doctor Fausto, y luego desviándose por otros senderos reflexionó acerca de que la dignidad del hombre es el equivalente a ser Dios. Por eso, el que no se eleva a esa altura es como el gusano que se arrastra por el polvo, aun cuando eso de arrastrarse no sea denigrante en sí mismo.

8. Francisco Ayala, prólogo a el «Fausto», de Goethe, Ed. W.M. Jackson Inc., Buenos Aires, 1948, p. XVI.



¡Vaya con la asociación!, porque esa grandeza, ser como Dios, y esa pequeñez, ser un gusano, recuerda a Bolívar. En su «Delirio sobre el Chimborazo», cuando el que comandó la derrota del ejército colonial, se sintió empequeñecido, un grano de arena frente a la Eternidad, que sólo es el Tiempo Infinito.

«*La piedra se desmorona y el calicanto falsea*», ¿no? El doctor Fausto se siente cansado. Tiene poco pelo, dientes en mal estado, muchas arrugas. Ha gastado su vida tratando de conocer científicamente el mundo, es decir valiéndose de la razón. Y todo el saber que domina, no le ha proporcionado la felicidad que prometieron al mundo los enciclopedistas. Al contrario, aprendió que conocer es dudar, desconfiar de las apariencias debido a la sospecha de que siempre esconden algo. Y casi a gritos dijo, ¡malditos sean los favores supremos del amor! ¡Maldita sea la esperanza, la fe y sobre todo la paciencia!⁹

Maldecir no significa pronunciar incorrectamente las palabras. Maldecir, cuando el adjetivo está como soldado al verbo, quiere decir retorcerle el cuello a los valores, condenarles al exilio, entregarles a la voracidad de los buitres. Así que el doctor Fausto maldice, renuncia otra vez a la razón y declara que quisiera disponer de un manto mágico para volar sobre las montañas de la Selva Negra, por encima de las ciudades, más allá de todo cuanto. Pero la razón es tozuda: vuelve por sus fueros y le hace saber al doctor que esos recursos son propios del mito. La racionalidad no proporciona la alfombra mágica que inventaron los iraquíes de *Las Mil y Una Noches*.

Pero el doctor Fausto porfía y asegura que la mente del hombre es la *Casa del Demonio*; por eso, las maldiciones de hace un momento no fueron el producto de su racionalidad sino de las tinieblas que le habitan. De esas tinieblas viene la luz, dijo. Madre Noche, dijo, y llamó a Demonio: ven, Mefistófeles, dijo, porque ese era el nombre que le había puesto

9. Goethe, Opus citado, p. 50



para las conversaciones íntimas. Juguemos una partida de ajedrez, si te place, o hálbame de la Vida Viva, ¿ese es el otro nombre de la mujer, o no? De tanto conocer el mundo, he olvidado sus donaires, su anatomía. Pero aun las veo, semivestidas, provocativas. ¡Míralas, Mefistófeles! Allí están. No las veo, dijo Diablo, diabólicamente. Entonces Fausto recordó que prolongar al infinito la fuerza del amor fue el verdadero propósito de vender su alma. ¿Será indispensable firmar el contrato de compra-venta usando sangre en vez de tinta?

El alma de Fausto a cambio de lo que él desee. ¿Qué puedes darme?, le increpa a Mefistófeles. ¿Qué puedes darme a mí que maldije la esperanza? ¿El poder? ¿La gloria? No quiero ni la inteligencia ni la sabiduría, porque ya las tengo. «La vida es el carro del destino impulsado por los caballos del tiempo. Avanza desbocado y sin rumbo, y la única función posible consiste en evitar la caída»¹⁰.

Y Mefistófeles, que no adolece del mal de la vejez, con la cautela de un académico, le dice que investigará lo que el doctor Fausto quiere pero aún no sabe qué es. Y en voz embozada añade, no hay cosa que no se venda ni deuda que no se pague.

10. J.W. Goethe, «Poesía y Verdad», Alba Editorial, Barcelona, 1999.

CON BASTÓN Y CHISTERA



Parece que los sucesos renombrados rigurosamente ocurren en otros países y como si viajaran a pie demoran muchísimo, con la encubierta intención de llegar hasta nosotros en la tarde. Pero eso sí, cuando finalmente arriban vienen ataviados con bastón y chistera, con el semblante sumamente serio, ése que tienen las verdades indiscutibles.

La postmodernidad, por ejemplo, que aún no se sabe exactamente si es un modo de producción, una forma de cultura o asunto de llevar anclas y «partir con rumbo incierto en busca de algún puerto no descubierto todavía»¹¹, un navegar hacia donde está escondido el tesoro del pirata, ¡fastigioso tesoro!, otra manera de llamar al ser-en-tanto-que-pensar, porque pensar es hacer preguntas acerca de cómo implementar otras maneras de hacer las cosas.

¿Dónde está gestándose esa maravilla, la postmodernidad? Hay quienes aseguran que el único que lo sabe es Peter Pan, que por el momento ha

11. Porfirio Barba Jacob, «Hay días...»

extraviado el mapamundi con las coordenadas precisas que le conduzcan a los Andes y a las selvas donde habitamos. Y todo esto a pesar de la velocidad de los *mass media*, pero en gran parte porque los libros que hablan de esos fastigios, o no los hay, o son demasiados costosos. Sin embargo, en honor a la verdad, esas habladurías parece que se deben a deficiencias en la observación porque si uno se fija con cuidado, se descubren acontecimientos de nota como ese de que antes, es decir durante la modernidad, los hombres machos, tipo John Wayne, andaban por lo menos con una pistola al cinto. Y hoy en día, gracias a la postmodernidad, esos mismos hombres machos andan por lo menos con un teléfono celular en la cintura.



Además, durante la modernidad, los personajes importantes, vale decir diputados, profesores o banqueros, llevaban un maletín, generalmente de cuero negro. Pero en la postmodernidad, esos mismos personajes, en vez del maletín llevan una computadora, tipo *laptop*.

«*Decididamente la vida está en otro lugar*»¹², oculta en épocas borrosas porque no se sabe si pertenecen al pasado o al futuro. Por eso, antes de que se escriban los grandes textos postmodernos, se les anticipó la cinematografía. En efecto, en las salas de cine, a mediados del siglo XX, presentaron una película llamada «*Barbarela*», sustantivo que posiblemente proviene de bárbaro, no sólo con su connotación inicial de extranjero sino por el hazañoso salvajismo de Alarico o Atila.

Barbarela, Jane Fonda cuando tenía 18 años, es decir una muchacha bellísima, viajó en una nave espacial a un planeta de la galaxia donde se suponía que se encontraba un profesor de la talla de Einstein, secuestrado por terroristas siderales con el nefasto propósito de utilizar sus conocimientos para un proyecto de conquistar y dominar el universo.

Suena a *cómics*, pero el relato fílmico adquiere seriedad cuando Barbarela descubre que el profesor no sólo que no ha sido secuestrado sino que él

12. Michel Maffesoli, «La transfiguración de lo político», Edt. Herder, 2004, p. 34



mismo, enfermo de un mal incurable llamado egolatría y la consecuente búsqueda de la omnipotencia, simuló el secuestro para preparar en secreto su nefasto proyecto de apropiarse del poder de Dios. Con tan siniestras intenciones, unos científicos malgeniados, habían inventado el piano de la muerte, llamado así porque tocaba la Novena Sinfonía con un crescendo aumentativo que rompía los tímpanos y hasta deshacía el cuerpo de las víctimas.



Barbarela, horrorizada por el uso perverso de Beethoven, tratando de frustrar semejante barbaridad, se relaciona con unos jóvenes revolucionarios. Ellos conspiraban de manera rotunda contra el presunto dictador sideral, que ya disponía no sólo del piano de la muerte sino también del rayo pulverizador, y sobre todo de unas pastillas destinadas a ejecutar una nueva forma de hacer el amor. Los revolucionarios atribuían a ese invento poderes genito-sentimentales explosivos, y llenos de curiosidad, no dejaban de admirar el desarrollo técnico-científico de su planeta.

Los revolucionarios, que no habían leído a Weber y su declaración categórica de que *los medios determinan los fines*, se declararon decididos a apoderarse del invento, incluso al precio de sus vidas, a sabiendas de que para lograr sus propósitos no disponían de ningún recurso. Y caminaban de aquí para allá, se rascaban la cabeza, plagaban la pose del *Pensador*, de Rodin.

Barbarela se conmovió: puedo hacerlo, dijo. Soy bonita, ¿o no? Y nadie hasta este momento de la historia universal se ha permitido desconocer la astucia femenina.

Dicho y hecho. Se dirigió hacia los guardias con las cadencias del «Boleró», de Ravel. Coqueteaba. Simulaba un vehemente deseo de seducirles, exhibiendo la belleza de su cuerpo, mostrándoles su linda sonrisa. Les engatusaba, hasta que finalmente logró sustraer un frasco lleno con unas pastillas que al parecer poseen poderes maravillosos. Y no sólo eso, sino que audazmente se ofreció para realizar el experimento.

Siguiendo las instrucciones escritas en el frasco, Barbarela tomó asiento frente a un joven bastante bien parecido como para ser de otro planeta.



Cada uno de ellos se tragó una pastilla, colocaron sus codos sobre cada una de sus piernas y apretaron las palmas de sus manos como si se tratara de un concurso de fuerza. Después de unos minutos, cuando ellos tenían cerrados los ojos, comenzó a salir humo por las aberturas de sus dedos y un estremecimiento final les anunció que habían logrado su cometido. Los revolucionarios aplaudieron y como si se tratara del brindis de la victoria, uno de ellos dijo, finalmente hemos superado la modernidad.

Barbarela se quedó aturdida, asombrada, sumamente insatisfecha, pensando que con esta clase de revolucionarios no sería posible llegar a ninguna parte. Y en ese mismo momento decidió regresar al planeta Tierra. Inventó pretextos, compromisos ineludibles, búsqueda de auxilio entre los habitantes de otros planetas. Ellos accedieron. Y mientras retornaba en la nave espacial, comenzaron unos ruidos intranquilizadores, signo inequívoco de fallas de consideración. Así que se posó en el suelo como pudo, en una llanura blanquísima que parecía cubierta de nieve. Y mientras calculaba que le sería muy difícil salir de semejante situación, apareció un hombre de aspecto vigoroso. Le dijo que era un científico y que si le permitía, la ayudaría gustosísimo. Y en efecto, en muy poco tiempo lo hizo.

Barbarela, llena de gratitud, le manifestó que quisiera recompensarle de alguna manera. Haciendo el amor, le contestó el hombre. De acuerdo, contestó Barbarela; todavía me quedan unas pastillas.

—¿Pastillas? ¡Qué cosas dices! A mí me gusta a la antigua —y mientras se desvestía de prisa, aclaró: —no soy postmoderno.

UNA Y OTRA VEZ



En uno de los extensos diálogos inventados por Platón, cuando Protágoras decidió enseñar qué es la virtud, preguntó si sus audientes, entre los que estaba Sócrates, querían que lo haga valiéndose de una exposición razonada o mediante el mito. Los oyentes dijeron que sería mucho más agradable que se valga del mito.¹³

II

Hubo una época en la que Grecia significaba el mundo. En ese entonces, *el mundo* estaba habitado sólo por los dioses. Pero Júpiter, el Dios Supremo, revisando el Gran Código del Universo, como lo hacía día a día, verificó que había llegando el momento de crear la muerte, porque sólo por el morir se sabe qué es el vivir. Después de firmar el *hágase mi voluntad*, encomendó la ejecución de la tarea a Epimeteo y Prometeo.

13. Platón, *Obras Completas*, traducción de Juan García Bacca, Universidad Central de Venezuela, 1980, Tomo IV, p. 173

De acuerdo al principio de la división del trabajo, Epimeteo utilizó barro para crear a los animales, incluyendo al hombre. A todos ellos, excepto al hombre, les dotó de características que les permita sobrevivir, esto es de un poder llamado instinto de conservación. Pero a causa de una negligencia común en los dioses, a la escultura que llamó el hombre, la dejó desnuda, inerte, desprovista del poder universal llamado instinto de conservación.

Cuando Prometeo efectuó el control de calidad, la obra le pareció bellísima pero sin vida. —¿Nació muerta, Epimeteo? —vivir es tener por lo menos emociones. —¿Qué has hecho, Epimeteo?, —preguntó, dando origen a un proceso concienical al que se le ha venido llamando el preguntar como punto de partida del pensamiento. Así que después del mucho indagar, sin comprender a cabalidad que estaba gestando un pensar que después de dos mil años se llamaría la primera revolución universal, *«rompió las reglas por necesidad/quebró la ley siguiendo la voz del corazón y no la letra fría de los reglamentos»*¹⁴. Y como, según su criterio, se trataba de una emergencia, furtivamente entró en el taller de Vulcano y de Minerva, y robó la capacidad de pensar y la sabiduría de las artes. Además, tomó del sol una llamarada y todo eso donó a la humanidad. — No estarán sujetos a ningún límite, —les dijo; —determinarán por sí mismo su destino.

Los dioses son recursivos cuando se trata de castigar el disenso, y acusaron a Prometeo de robo con premeditación y alevosía, y le condenaron a que un águila devore cada día su hígado el que se re-hacía de inmediato a fin de que el ave de rapiña cumpla con el castigo.

Los seres humanos, acaso por el sospechoso descuido de alguno de los dioses, también fueron dotados de una enfermedad incurable llamada el descontento. Por eso salieron de las cuevas donde vivían, construyeron ciudades, forjaron el hierro para fabricar arcos y flechas, lanzas, espadas

14. Francisco Álvarez Hidalgo, Google, Internet.

y cuchillos. Y lo que parecía una cooperación se transformó en odios, rencillas, ultrajes, el imperio del más fuerte. Y de nada sirvió que el previsor Prometeo les había enseñado el arte de curar las enfermedades, los pesos y medidas como fundamento de la *ratio*, de la cual proviene, a) palabra *razón*, y b) uno de los significados de justicia entendida como el intercambio de bienes equivalentes.

A Júpiter le disgustaban esos inventos que pretendían igualar a los hombres con los dioses y como temía una nueva rebelión de los Titanes, raza maldita a la que pertenecía Prometeo, decidió instituir la guerra como instrumento de autoeliminación de la humanidad y encomendó a Proteo la elaboración del régimen de las tormentas oceánicas con el fin de ocultar para siempre hasta los huesos de los últimos guerreros. Pero todo fue en vano porque el mismo Prometeo les había enseñado el arte de navegar a fin de que enfrenten a los océanos y se salve siempre cuando menos la semilla y jamás deje de renacer la humanidad. Y no sólo eso, sino que comprendió que tanta maldad divina constituía una declaración de guerra contra su propia obra. Y les hizo saber a los seres humanos que se trataba de una guerra, y que era preciso prepararse para vencer o morir.

Y se dice que esa guerra de hombres contra dioses no ha concluido todavía.

III

Según el génesis bíblico, Jehová, es decir el mismo Júpiter con otro nombre, creó el universo mediante la palabra, pero al hombre y a la mujer los hizo de barro. Al hombre y a la mujer al mismo tiempo, aun cuando otros cronistas aseguran que a la mujer, para que queda en claro su condición de subalternidad, la fabricó de la costilla del primer hombre.¹⁵ Luego les dio algunas instrucciones y les donó por vivienda El Paraíso.

Sin embargo, cuando la humanidad eran sólo Adán y Eva, ellos se hartaron de comer y más-comer los frutos del Paraíso. Se cansaron del ir-venir

15. J.G. Frazer, El Folklore en el Antiguo Testamento, FCE, México, 1986, pág. 10

por los matorrales, de ciénega en ciénaga, rompiéndose las uñas cuando trepaban laderas y barrancos con el afán de llegar a lo más alto para mirar desde allí que sólo había cosas más altas. En ese camino que te camina, se confundían con las bestias que en ese entonces no eran bestiales, tan sólo animales rutinarios, ocupados en sus cosas, es decir en comer, ladrar, rugir, piar, reproducirse. Llamaron aburrimiento a esta hartura. Existencia sin sentido, desprovista de un algo que hacer, de eso que más adelante se llamarían proyectos existenciales.

A pesar de su mala vista, la Serpiente vio lo calamitoso, ¡qué falta de imaginación!, pensó, y tuvo lástima de que se desperdicien cuerpos tan espléndidos, y con la prepotencia de las víboras decidió averiguar a qué se debía la infelicidad consustancial de estos que ya se hacían llamar humanos. Reflexionó muchos días y muchas noches, hasta que iluminada por la primera luna llena del sistema planetario dedujo que en el Paraíso había una relación de dominio, sintetizada en el *tú debes* y *yo quiero*, por ejemplo que no *coman del árbol de la ciencia*. Y se maravilló de haber establecido que prohibir e incluso autorizar algo, constituía una relación de dominio, y dominio significa poderes de distinto nivel. Se manifestaba en reglamentaciones aparentemente benévolas. Llamó normas a las cláusulas reglamentarias, y dedujo que las normas delimitan la libertad. Ergo: la liberación consiste en romper las normas. En desobedecer.

La reflexión de la Serpiente fue providencial; también su capacidad de persuasión. El resultado fue la segunda revolución, porque el reptil les inculcó a los dos primeros habitantes del planeta el temible veneno de la lujuria. En sus cuerpos hay una llama que es el vivir, les dijo, donde vivir quiere decir amar. Y cuando el veneno que les había sido infiltrado se expandió por sus cuerpos, entendieron el vocablo en toda su amplitud, hicieron el amor, y les pareció espléndido y le calificaron de centro de la existencia.

También la Serpiente se sintió halagada por su obra. Además, deben trabajar, les dijo, aunque sólo sea con el objeto de cambiar la dieta; también

para buscar algún remedio contra la picadura de los zancudos. Y Adán y Eva concientizaron que trabajar era el nuevo sistema de valores, y aun cuando vislumbraron que los valores funcionan como barrotes, estaban tan lunademiél que pasaron por alto eso de que liberación significa astillar barrotes.

De ahí en adelante, esa transvaloración se transformó en el nuevo reglamento. Otra vez las normas, comentaron, y por primera vez los humanos comenzaron a sentir calor o frío, de acuerdo a los cambios climáticos. Y aprendieron a buscar raíces comestibles y a devorar crudos a pequeños mamíferos para saciar el hambre.

A pesar de la profundidad de esta revolución, ni Adán ni Eva ni sus descendientes entendieron que los favores de la serpiente habían multiplicado su capacidad de crear nuevos seres humanos, por lo cual, para la sobrevivencia debieron centuplicar sus esfuerzos a fin de producir el bastimento.

Estas dos primeras revoluciones han sido bautizadas con el nombre de *Duelo contra los Dioses* porque la humanidad descubrió que los animales se alimentaban de otros animales, que Abel fue asesinado por Caín mediante sutiles sugerencias del propio Jehová. Es decir que se enseñoreó el crimen, la avaricia y el poder de los más fuertes. Por eso, tempranamente comprendieron, a) que todos los hombres poseen una insaciable necesidad de aumentar los poderes que poseían desde su nacimiento. Por ello, las relaciones de poder son interrelaciones porque no hay *el poder* sino los contrapoderes, b) que el vivir tiene muchos riesgos por los apetitos de los hombres y su férrea voluntad de saciarlos. De esto dedujeron que «el mundo, creado por Dios, está lleno de maldad. En consecuencia, Dios tiene que ser malo o impotente o ambas cosas».¹⁶

Entonces la Serpiente, con S mayúscula, les propuso crear en secreto la cofradía de los Mesías. Así se hizo y cuando se estatuyeron deberes y

16. Leszek Kolakowski, «Si Dios no Existe», Edt. Tecnos, Madrid, 1985, p. 20

derecho, se estableció que la misión perpetua de los Mesías era la de aplicar la Tabla de Valores, cuyos puntos sobresalientes son los siguientes: 1) asirse de la esperanza que quedó en el ánfora de Pandora; b) confiar en que los bienes de este mundo serán concedidos a los virtuosos, esto es a los condenados de la tierra, c) Apabullar a quienes se opongan a ese reparto.

IV

Además, se comprobó que las redenciones humanas siempre han sido de corta duración, por ejemplo, la felicidad que la Serpiente donó a Adán y Eva, a la larga resultó ser la fuente de la infelicidad por cuanto lo que se creyó que era el Paraíso resultó ser el peor de los pecados, tanto que se le viene llamando *la caída*. La caída: descender desde lo alto y romperse alguna cosa. Haber sido humano, sin adjetivos, y convertirse en un animal de puros instintos, donde la definición humanista de que el hombre es un animal racional queda en entredicho. Se trataba, entonces, de interdicciones, valores en pugna porque el bien visto con cuidado es el mal, la verdad es la mentira, tantos viceversas e interferencias. Además, las nuevas *tablas de valores*, una vez establecidas, tenían el carácter de coercitivamente obligatorias, y esa obligatoriedad las convertía en la contra-redención.

Esta suerte de *Discurso del Descenso* fundamentó una nueva teoría de la redención llamada Cristianismo. Redención superficial si se considera que el cristianismo sólo proporciona consuelo y ninguna solución a los problemas.

V

Así que una tras otra, nuevos Mesías, desde hace milenios, vienen cabalgando en el Rocinante de la justicia, o en cualquier jamelgo de esos que parecen briosos porque les dan de comer hierba con pólvora y ají. Vienen con el pregón de que han inventado nuevas teorías de la salvación, como la redención por la educación para acabar con la ignorancia y alcanzar, finalmente, la emancipación que brinda el conocimiento técnico y científ-

fico, instrumentos idóneos para producir la abundancia, el progreso y la democracia. O mediante la eliminación de la explotación del hombre por el hombre, producida por las anteriores redenciones.

Por eso se ha dicho que «el pensamiento y la acción de los siglos XIX y XX están dominados por la idea de la emancipación de la humanidad. Esta idea es elaborada a fines del siglo XVIII en la filosofía de las Luces y en la Revolución Francesa».¹⁷

VI

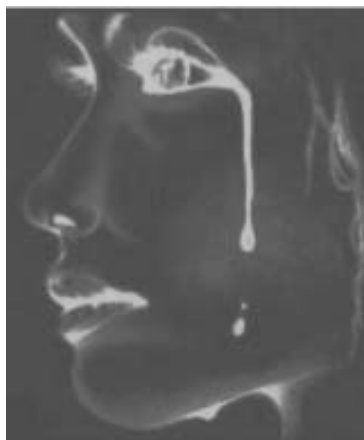
Sin embargo, en honor a la literatura se debe puntualizar que antes de la Revolución Francesa, Don Quijote de la Mancha intentó redimir a la humanidad valiéndose de una tecnología que él mismo bautizó con el nombre de «enderezar entuertos y desfacer agravios». Después se instauró el socialismo soviético, el chino. Y la guerra de guerrillas fue el marxismo de América Latina. Pero los unos y los otros han fracasado en el propósito de salvar al hombre. Nadie sabe con certeza por qué. Unos dice que ese es el destino de la humanidad, otros que no hay *unión soviética* que dure cien años ni cuerpo que lo resista. También se acusa a quienes formularon o realizaron mal el proyecto emancipatorio: falta de previsión, empirismo, determinismo, dogmatismo. Voluntarismo de secano a causa de insuficiencias en las lecturas de Nietzsche.

La lista de las equivocaciones es enorme, como son de gran tamaño y profundidad las críticas que se vienen haciendo, desde siempre, a los proyectos prometeicos de la humanidad porque ninguno de ellos ha funcionado como panacea. El diagnóstico luce inadecuado, e inocuo el remedio. Por ese motivo se sigue prendiendo el bombillo, hoy de la esperanza, mañana el de la duda, cuando alguien aparece por ahí, y como quien no quiere la cosa, informa que viene de muy lejos con el proyecto definitivo de redención. Y con un rótulo en negrita hace saber que ***ahora sí la cosa va en serio.***

17. J.F. Lyotard, «La Posmodernidad», Ed. Gedisa, París, 1986, p. 97



LA BALADA DEL DESENCANTO



A finales de la década de los ochenta del siglo XX se derrumbó el socialismo, y casi de inmediato, a principios de los noventa, eclosionó ruidosamente la revolución tecno-científica. Se le ha llamado globalización a esta transformación sustancial en la producción y comercialización, así como a los cambios en lo político, es decir en el rumbo del Estado, de la democracia y de movimientos que han heredado coquetamente el nombre de libertarios. Aun cuando estos procesos pertenecen a la lógica del capitalismo y a su legalidad jurídica, la globalización también ha magnificado el llamado comercio ilícito protagonizado por los yakuza japoneses, los tongs chinos, la mafia rusa, los carteles colombianos. Además, en América Latina, más o menos ruidosamente, aparecieron los discursos de la postmodernidad, que para entonces ya tenía algo así como veinte años en Europa.

Y en los albores del año dos mil, con incredulidad aldeana se escuchó que había muerto el sujeto, que la ciencia, rebautizada de racionalidad instrumental, estaba en un sanatorio como el de la «montaña mágica» que inventó Thomas Mann, que la modernidad, una suerte de estropajo



parecido a eso que suele llamarse *el gobierno anterior*, había fracasado en su intento de lograr la emancipación de la humanidad.

Sin embargo, a pesar de la suposición de que las utopías libertarias son inalcanzables dada la imposibilidad de alzarse contra Dios y la creación entera, como dice Albert Camus en *El Hombre Rebelde*. Y, aun cuando la postmodernidad de nuestra América rechaza el progreso, no se ha pronunciado contra el capitalismo, el dinero, la técnica, los automóviles o el fútbol.

La postmodernidad, que paradójicamente se está convirtiendo en la nueva verdad, no proviene únicamente de las crisis de los meta discursos, de la filosofía ácida de Nietzsche o las relecturas de Foucault, la reconstrucción de Derrida o el *Rizoma* de Deleuze. Forma parte de la revolución técnica basada en el conocimiento, vale decir en la innovación antagónica al pensamiento único o a la verdad dogmatizada.

El pensamiento crítico no es reciente. Galileo, el fundador de la ciencia física, alzándose contra el *intellectus adequatio rei* de Tomás de Aquino, ya habló de la verdad estadística. Heisenberg, haciendo valer su condición de científico por encima de su militancia en el nazismo, experimentalmente demostró el principio de incertidumbre, dejando mal parada a la teoría de la causalidad. En los años sesenta del siglo pasado, Thomas Kuhn, no habla de verdad sino de explicabilidad. Gadamer y otros más, quiebran lanzas por la verdad hermenéutica. Y los filósofos de la Escuela de Frankfurt, junto con Vátimo o Lyotard, argumentaron tan lucidamente que a su lado los viejos partidos comunistas hablaban un lenguaje que ya no era revolucionario porque se habían convertido en la derecha mejor disfrazada de izquierda. Recuérdese que Octavio Paz decía que el progreso no se mide por la invención del alumbrado público sino por la actitud frente al sexo. Y frente al sexo, los comunistas actuaban como candidatos a la beatificación canónica.

Entonces, la globalización contiene, de acuerdo al pormenorizado análisis de Moisés Naim, en «Ilícito», la producción, comercialización e in-



formación de altísima tecnología mafiosa. Añádase, 1) los movimientos políticos populistas, los cuales disfrazados de libertarios, en nombre de la soberanía popular y un anti-imperialismo chapucero, parece que en realidad están inventando nuevas formas de servidumbre; 2) las teorías salvacionistas que con el laudable propósito de salvar el planeta en realidad lucen como baladas del desencanto.



PENÚLTIMA VERSIÓN DE LA UTOPIÍA



Ni los días, ni los años ni siglos tenían nombre cuando Dios se dio a sí mismo lecciones de Teoría de la Construcción. Al final de ese curso, se auto-adjudicó el Diploma de Arquitecto del Universo, y con el entusiasmo de quien ha conseguido el primer empleo, se dedicó a crear el mundo con ademanes comunes y corrientes, moviendo un dedo, por ejemplo, mirando fijamente lo que todavía no estaba hecho, o con palabras poderosas, como el *hágase la luz*. *Háganse las aves*. Los seres humanos. El Paraíso. *Todos los paraísos están hechos para perderse*, dijo Gregorio Marañón desde una nubosidad que actualmente se llama siglo veinte.

A pesar de que todavía no se había inventado el uso de patentes ni de la propiedad intelectual, Dios estatuyó que Él era el único que podía diseñar y construir paraísos. El bautizo del primero de ellos, donado a los pioneros del planeta, no le satisfizo del todo porque la Serpiente demostró la posibilidad de derrumbar esa casa-posada. Y de nuevo la cantiga ésa de que los paraísos se hicieron para ser destruidos. Dios no escuchó pero percibió la hedentina de la disidencia. No basta con mi voluntad de poder, se dijo, dialogando consigo mismo, es decir pensando. —¿Habré

cometido errores?, —se preguntó inventando la palabra error. A pesar de conocer todos los idiomas y dialectos, que aún no se habían inventado, Dios jamás aprendió ni entendió muchas palabras, esperanza, pongamos por caso, un salvavidas que no acaba de fabricarse, y futuro, ese presente que camina. ¿Y el secreto? Un baremo de impotencia: carecía de significado para Él, que lo conoce todo. Y de nuevo el olorcito de la disidencia camuflada cuando Einstein, desde la nubosidad número veinte, dijo: —«Dios no juega a los dados». Está sugiriendo que no improviso, —dijopensó, e inventando el vocablo autocrítica, sospechó que se había equivocado más o menos dos veces, a saber: 1) haber creado a la Serpiente, 2) no haber profundizado ni en la lógica de las contradicciones ni en las anomias de la razón pura. Sin embargo, urgido por las tareas de un Arquitecto del Universo, decidió que ese penoso asunto deberá explicarlo más adelante Stephane Lupasco y Emmanuel Kant, respectivamente. Y con la neutralidad que tienen los dioses, se limitó a llamar utopía a cualquier intento de construir paraísos sin su firma. Y de una vez para siempre, voluntaristamente, determinó que esos intentos no sólo fracasarían irremediabilmente, sino que constituirían actos impíos, verdaderos ateísmos. Y machaconamente dijo: —si Soy El Arquitecto del Universo, sólo yo puede hacerlo.

Desde entonces, utopía no es el lugar que no existe, sino la microfísica de lo absolutamente imposible. Y burlonamente dijo, pero todos creerán que es posible construir la Torre de Babel y el sado-masoquismo será una de los nombres del placer.

ÍNDICE

I HISTORIAS DEL COMO SI.....	5
Briseña.....	7
Las Fictio Juris.....	11
El Castillo.....	13
Ada sin H.....	15
Historia de un deicidio.....	19
Postscriptum.....	21
Sirenas y Norenas.....	25
¿Qué objeto tiene la vida?.....	29
Ingeniería Genética.....	31
II ESE DIÁLOGO LLAMADO PENSAR.....	35
El Espejo.....	37
Liberación.....	41
Arquetipos.....	43
Redención.....	45
Dislexia.....	47
Chamico.....	49
La magia de la palabra.....	57
Chin-Chin.....	61
El seminario.....	65
Amor Inmortal.....	69
Currículum Vitae.....	71
El joropo tuyero.....	75
Cientificidad.....	79
Los demonios.....	81
Con bastón y chistera.....	87
Una y otra vez.....	91
La balada del desencanto.....	99
Penúltima versión de la utopía.....	103



FONDO EDITORIAL IPASME

Presidente:
José Gregorio Linares

Asesores:
Alí Ramón Rojas Olaya y Ángel González

Edición:
**Nelly Montero, Janeth Suárez, Freddy Best, Darcy Zambrano y Odalys
Marcano**

Diseño Gráfico:
Luís Durán, María Carolina Varela y Fabiola Berton

Plan Revolucionario de Lectura:
**Luis Darío Bernal Pinilla, Yuley Castillo, Verónica Pinto, Mervin Duarte,
Saudith Felibertt, Enricelis Guerra y Tania Cañas**

Administración:
Tibisay Rondón, Juan Carlos González Kari y Yesenia Moreno

IPASME va a la Escuela:
Alexis Cárcamo

Informática:
Enderber Hernández

Apoyo Logístico:
Eduardo Ariza y Víctor Manuel Guerra

Distribución:
Jazmín Santamaría y Ronald Carmona

Secretaria:
Gladys Basalo



Una y otra vez

Jorge Rivadeneyra A.

En Una y Otra Vez, Jorge Rivadeneyra nos lleva, a través de sus relatos, a las esferas de la reflexión mientras disfrutamos de una agradable lectura. Una y Otra Vez nos presenta ideas e imágenes que el autor trasvasa al papel en forma de letras con las que permite que conozcamos algunas de sus memorias. Una y Otra Vez es un ciclo que no se cierra en lo circular y que sí fluye en un continuo de textos que se amalgaman aunque aparentemente no se presenten así. El título podría remitirnos a una repetición, pero al hacer la lectura nos percatamos del discurrir del pensamiento que se vuelve diálogo.

Al igual que las estaciones del año, en sus diferencias, conforman un todo circular pero que para el hombre que las vive son percibidas como etapas que van pasando, los relatos de Una y Otra Vez se perciben como islas conformadas por palabras escritas que van desfilando por el espacio infinito del pensamiento y quedan reverberando y formando el oleaje que crea el movimiento entre las orillas dejando en cada playa temas que poblarán y harán crecer ideas de procedencia remota, casi utópicas, de tiempos pasados, presentes y futuros.

El Fondo Editorial Ipasme pone al alcance de los lectores este libro en el que el autor demuestra además de valentía, la generosidad de entregar sus escritos al criterio del lector que podrá en ellos colocarse en su propia perspectiva en relación a los temas abordados en Una y Otra Vez.

